

Domingo II del Tiempo Ordinario (ciclo B)

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- DEL MISAL MENSUAL
- BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)
- FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2018
- BENEDICTO XVI – Ángelus 2012
- DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)
- PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes
- FLUVIUM (www.fluvium.org)
- PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)
- BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)
- Rev. D. Fernando PERALES i Madueño (Barcelona, España) (www.evangelii.net)
- EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

Este subsidio ha sido preparado por *La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes* (www.lacompaniademaria.com), para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical (lacompaniademaria01@gmail.com).

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a doctos.de.interes@gmail.com.

Para recibirlo por WhatsApp: <https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd>.

DEL MISAL MENSUAL

LA FE INTEGRAL

1 Sam 3, 3-10; Sal 39; 1 Cor 6, 13-15.17-20; Jn 1, 35-42

En los capítulos finales de su Primera carta a los corintios, san Pablo reflexiona sobre algunos malentendidos que estaban fomentándose entre los cristianos de una de las ciudades más ricas e importantes de Grecia. Uno era la convicción de que la fe se vive sólo interiormente, en los pensamientos y sentimientos, es decir, en el alma. No importaba lo que un cristiano hiciera con su cuerpo, si su alma estaba pura. Pero Pablo rechaza este pretexto irrisorio proclamando “¡glorifiquen a Dios en sus cuerpos!” (v. 20). Así glorifica a Dios el joven Samuel por sus sencillas acciones corporales, despierta de su sueño, atiende la voz del Señor, y corre al santuario de Dios. Así mismo, los primeros discípulos glorifican a Jesús, siguiéndolo, mirándolo, escuchándolo, y quedándose con él. La fe se vive en toda la persona, alma y cuerpo.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 65, 4

Que se postre ante ti, Señor, la tierra entera; que todos canten himnos en tu honor y alabanzas a tu nombre.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, que gobiernas los cielos y la tierra, escucha con amor las súplicas de tu pueblo y haz que los días de nuestra vida transcurran en tu paz. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Habla, Señor, tu siervo escucha.

Del primer libro de Samuel: 3, 3-10. 19

En aquellos días, el joven Samuel servía en el templo a las órdenes del sacerdote Elí. Una noche, estando Elí acostado en su habitación y Samuel en la suya, dentro del santuario donde se encontraba el arca de Dios, el Señor llamó a Samuel y éste respondió: “Aquí estoy”. Fue corriendo a donde estaba Elí y le dijo: “Aquí estoy. ¿Para qué me llamaste?”. Respondió Elí: “Yo no te he llamado. Vuelve a acostarte”. Samuel se fue a acostar. Volvió el Señor a llamarlo y él se levantó, fue a donde estaba Elí y le dijo: “Aquí estoy. ¿Para qué me llamaste?”. Respondió Elí: “No te he llamado, hijo mío. Vuelve a acostarte”. Aún no conocía Samuel al Señor, pues la palabra del Señor no le había sido revelada. Por tercera vez llamó el Señor a Samuel; éste se levantó, fue a donde estaba Elí y le dijo: “Aquí estoy. ¿Para Qué me llamaste?”.

Entonces comprendió Elí que era el Señor quien llamaba al joven y dijo a Samuel: “Ve a acostarte y si te llama alguien responde: ‘Habla, Señor; tu siervo te escucha’ “. Y Samuel se fue a acostar.

De nuevo el Señor se presentó y lo llamó como antes: “Samuel, Samuel”. Éste respondió: “Habla, Señor; tu siervo te escucha”. Samuel creció y el Señor estaba con él. y todo lo que el Señor le decía, se cumplía.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 39,2 Y 4ab. 7-8a. 8b-9.10.

R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Esperé en el Señor con gran confianza, él se inclinó hacia mí y escuchó mis plegarias. Él me puso en la boca un canto nuevo, un himno a nuestro Dios. **R/.**

Sacrificios y ofrendas no quisiste, abriste, en cambio, mis oídos a tu voz. No exigiste holocaustos por la culpa, así que dije: “Aquí estoy”. **R/.**

En tus libros se me ordena hacer tu voluntad; esto es, Señor, lo que deseo: tu ley en medio de mi corazón. **R/.**

He anunciado tu justicia en la gran asamblea; no he cerrado mis labios, tú lo sabes, Señor. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Los cuerpos de ustedes son miembros de Cristo.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 6, 13-15.17-20

Hermanos: El cuerpo no es para fornicar, sino para servir al Señor; y el Señor, para santificar el cuerpo. Dios resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros con su poder. ¿No saben ustedes que sus cuerpos son miembros de Cristo? Y el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él. Huyan, por lo tanto, de la fornicación. Cualquier otro pecado que cometa una persona, queda fuera de su cuerpo; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo.

¿O es que no saben ustedes que su cuerpo es templo del Espíritu Santo. Que han recibido de Dios y habita en ustedes? No son ustedes sus propios dueños, porque Dios los ha comprado a un precio muy caro. Glorifiquen, pues, a Dios con el cuerpo.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO

Cfr. Jn 1, 41.17

R/. Aleluya, aleluya.

Hemos encontrado a Cristo, el Mesías. La gracia y la verdad nos han llegado por él. **R/.**

EVANGELIO

Vieron dónde vivía y se quedaron con él.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 1, 35-42

En aquel tiempo, estaba Juan el Bautista con dos de sus discípulos, y fijando los ojos en Jesús, que pasaba, dijo: “Éste es el Cordero de Dios”. Los dos discípulos, al oír estas palabras, siguieron a Jesús. Él se volvió hacia ellos, y viendo que lo seguían, les preguntó: “¿Qué buscan?”. Ellos le contestaron: “¿Dónde vives, Rabí?”. (Rabí significa “maestro”). Él les dijo: “Vengan a ver”.

Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él ese día. Eran como las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron lo que Juan el Bautista decía y siguieron a Jesús. El primero a quien encontró Andrés fue a su hermano Simón, y le dijo: “Hemos encontrado al Mesías” (que quiere decir “el Ungido”). Lo llevó a donde estaba Jesús y éste, fijando en él la mirada, le dijo: “Tú eres Simón, hijo de Juan. Tú te llamarás Kefás” (que significa Pedro, es decir, “roca”).

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Concédenos, Señor, participar dignamente en estos misterios, porque cada vez que se celebra el memorial de este sacrificio, se realiza la obra de nuestra redención. Por Jesucristo nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 22, 5

Para mí, Señor, has preparado la mesa y has llenado mi copa hasta los bordes.

O bien:

Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Infúndenos, Señor, el espíritu de tu caridad, para que, saciados con el pan del cielo, vivamos siempre unidos en tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Del 18 al 25 de enero se celebra el Octavario de oración por la unidad de los cristianos.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Habla Señor, que tu siervo escucha (1 S 3, 3b-10.19)

1ª lectura

El relato de la vocación de Samuel es tipo de la llamada divina a cumplir una misión, pues refleja perfectamente tanto la actitud de quien se sabe llamado, en este caso de Samuel, como las exigencias que Dios impone. En primer lugar (vv. 1-3) presenta a los protagonistas –el Señor, Elí y Samuel– y las circunstancias que rodean el acontecimiento: la noche, cuando todos duermen, el Templo, el Arca y la lámpara de Dios, todavía encendida, indican que aquello es extraordinario y viene sólo de Dios.

La segunda escena (vv. 4-8) es un delicioso diálogo entre el Señor y Samuel, y entre Samuel y Elí, que culmina en una fórmula sublime de disponibilidad: «Aquí estoy porque me has llamado» (v. 8). «Aquel niño nos da muestras de una altísima obediencia. La verdadera obediencia ni discute la intención de lo mandado, ni lo juzga, pues el que decide obedecer con perfección, renuncia a emitir juicios» (S. Gregorio Magno, *In primum Regum* 2,4,10-11).

La tercera escena (vv. 9-14) refleja la doble función del profeta, que inicia de forma solemne Samuel: escuchar atentamente a Dios (vv. 9-10) y saber transmitir fielmente el mensaje recibido, aunque resulte severo a sus oyentes inmediatos (vv. 11-14). «Inmensamente bienaventurado es aquel que percibe en silencio el susurro divino y repite con frecuencia aquello de Samuel: “Habla Señor, que tu siervo escucha”» (S. Bernardo, *Sermones de diversis* 23,7).

«Habla, Señor, que tu siervo escucha» (v.9). Esta oración fue el inicio del itinerario de Samuel como profeta, llamado por Dios, y la pauta de su comportamiento, pues toda su actividad estuvo regida por el trato asiduo y directo con el Señor y la intercesión por los suyos. Como sugiere el *Catecismo de la Iglesia Católica* todo esto lo aprendió de su madre desde niño: «La oración del pueblo de Dios se desarrolla a la sombra de la Morada de Dios, el Arca de la Alianza y más tarde el Templo. Los guías del pueblo –pastores y profetas– son los primeros que le enseñan a orar. El niño Samuel aprendió de su madre Ana cómo “estar ante el Señor” (cfr 1 S 1,9-18) y del sacerdote Elí cómo escuchar su Palabra: “Habla, Señor, que tu siervo escucha” (1 S 3,9-10). Más tarde, también él conocerá el precio y la carga de la intercesión: “Por mi parte, lejos de mí pecar contra el Señor dejando de suplicar por vosotros y de enseñaros el camino bueno y recto” (1 S 12,23)» (n. 2578).

Vuestros cuerpos son miembros de Cristo (1 Co 6, 13c-15a.17-20)

2ª lectura

El cristiano, cuerpo y alma, es miembro de Cristo (v. 15). Esta afirmación impresionante y novedosa es clave en la enseñanza paulina y en la doctrina cristiana: el cristiano ha sido incorporado a Cristo por el Bautismo y está destinado a permanecer estrechamente unido a Él, a vivir su misma vida (cfr Gal 2,20), a ser «un solo espíritu con él» (v. 17). Ha sido hecho, en definitiva, miembro de su Cuerpo (cfr 12,27; Rm 12,5).

El que peca contra la castidad profana su cuerpo, templo del Espíritu Santo. El consejo de Pablo es claro: hay que huir de la fornicación (v. 18), porque «no se vence resistiendo, porque cuanto más lo piensa uno, más se enciende; se vence huyendo, es decir, evitando totalmente los pensamientos inmundos, y todas las ocasiones» (Sto. Tomás de Aquino, *Super 1 Corinthios, ad loc.*).

En esta lucha por vivir la castidad el cristiano cuenta con medios abundantes: «El primero es ejercer una gran vigilancia sobre nuestros ojos, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestros actos; el segundo, recurrir a la oración; el tercero, frecuentar dignamente los sacramentos; el cuarto, huir de todo cuanto pueda inducirnos al mal; el quinto, ser muy devotos de la Santísima Virgen. Observando todo esto, a pesar de los esfuerzos de nuestros enemigos, a pesar de la fragilidad de esa virtud, tendremos la seguridad de conservarla» (San Juan B. María Vianney, *Sermón en el decimoséptimo domingo después de Pentecostés*).

San Pablo termina (v. 20) resaltando la importancia de la nueva condición del bautizado: «Reconoce, cristiano, tu dignidad, y puesto que has sido hecho participe de la naturaleza divina, no pienses en volver con un comportamiento indigno a las antiguas vilezas. (S. León Magno, *Sermo 1 de Nativitate*). En esta dignidad se fundamenta la plenitud de la castidad, tanto en las legítimas relaciones conyugales como en la virginidad.

Venid y veréis (Jn 1, 35-42)

Evangelio

Al narrar el encuentro de los primeros discípulos y Jesús se señalan varios de sus títulos: Rabbí (Maestro), Mesías (Cristo), Hijo de Dios, Rey de Israel, Hijo del Hombre. El conjunto de todos ellos manifiesta que Jesús es el Mesías prometido en el Antiguo Testamento y reconocido por la Iglesia. «*El Apóstol Juan, que vuelca en su Evangelio la experiencia de toda una vida, narra aquella primera conversación con el encanto de lo que nunca se olvida. Maestro, ¿dónde habitas? Díceles Jesús: Venid y lo veréis. Fueron, pues, y vieron donde habitaba, y se quedaron con Él aquel día. Diálogo divino y humano que transformó las vidas de Juan y de Andrés, de Pedro, de Santiago y de tantos otros, que preparó sus corazones para escuchar la palabra imperiosa que Jesús les dirigió junto al mar de Galilea*» (S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 118).

El evangelista destaca cómo el encuentro de algunos discípulos con Jesús se produce por la mediación de quienes ya le siguen. Éste es el apostolado cristiano. San Juan Crisóstomo, comentando el v. 41, enseña: «Esa frase es expresión de un alma que ardientemente deseaba la venida del Mesías y que exulta y se llena de alegría cuando ve la esperanza convertida en realidad y se apresura a anunciar a sus hermanos tan feliz noticia» (*In Ioannem* 19,1).

«Te llamarás Cefas» (v. 42). Poner el nombre equivalía a tomar posesión de lo nombrado (cfr Gn 17,5; 32,29). «Cefas» es transcripción griega de una palabra aramea que quiere decir piedra, roca, y, a partir de ese momento, Pedro. De aquí que, escribiendo en griego, el evangelista haya explicado el significado del término empleado por Jesús. Cefas no era nombre propio, pero Jesús lo impone al Apóstol para indicar la función de Vicario suyo, que le será revelada más adelante (cfr Mt 16,16-18).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

“Y se quedaron con Él ese día”

Desidiosa en absoluto es la humana naturaleza e inclinada al mal; y no, por cierto, por la condición de la misma naturaleza, sino por flojedad de la voluntad. Muy pronto necesita que se la exhorte. Y así Pablo, escribiendo a los filipenses, les decía: *Escribiros las mismas cosas a mí no me es enojoso y a vosotros os es seguridad y salvaguarda*¹. Las tierras de labranza, en cuanto han recibido la simiente, luego producen fruto y no necesitan esperar nueva siembra. Pero en lo referente a nuestras almas las cosas no van por ahí, sino que es de desear que, una vez lanzada con frecuencia la semilla y tras de poner gran diligencia, a lo menos una vez se pueda recoger el fruto.

Desde luego, lo que se dice no se imprime fácilmente en el pensamiento, pues hay debajo mucha dureza y el alma se halla oprimida por cantidad de espinas; y tiene muchos que la asechan y le roban y arrebatan la simiente. En segundo lugar, una vez que la semilla ha brotado y arraigado, se necesita de la misma diligencia para que lleguen a sazonar los granos y no sufran daño ni alguien los destruya. En las semillas, una vez que la espiga sazona y alcanza su perfecto vigor, se ríe de los calores y de las otras plagas; pero no sucede lo mismo con las verdades. Porque en éstas, una vez que se ha puesto todo trabajo, echándose encima el invierno y las tormentas, es decir, oponiéndose las dificultades y tramando asechanzas los hombres dolosos y sobreviniendo diversas tentaciones, todo se viene a tierra y se derrumba.

No sin motivo hemos dicho estas cosas; sino para que cuando oyes al Bautista repetir las mismas cosas, no lo juzgues de ligero ni lo tengas por vano y cargante. Hubiera él querido que a la primera se le escuchara; pero como no había muchos que al punto le prestaran oídos a causa de su somnolencia, con repetir lo mismo los despierta. ¡Vamos! ¡Poned atención! Dijo él: *Viene detrás de mí un hombre que ha sido constituido superior a mí*; y también: *Yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias*; y luego: *Él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego*; y añadió que había visto al Espíritu Santo bajar en forma de paloma y posarse sobre Cristo; y testificó que Jesús era el Hijo de Dios. Pero nadie atendió; nadie le preguntó ¿por qué aseveras eso? ¿Qué motivo, qué razón tienes?

Nuevamente dice: *He aquí el Cordero de Dios que carga sobre sí el pecado del mundo*. Pero ni aun así conmovió a los desidiosos. Por tal motivo se ve obligado a repetir lo mismo, como quien remueve una tierra áspera con el objeto de suavizarla; y con la palabra, a la manera de un arado excitar las mentes oprimidas de cuidados, para poder más profundamente depositar la semilla. No se alarga en su discurso, porque lo único que anhelaba era unirlos a Cristo. Sabía que si ellos recibían esta palabra y la creían, ya no necesitarían de su testimonio, como en efecto sucedió. Si los samaritanos, una vez que hubieron oído a Jesús, decían a la mujer: *No es ya por tu declaración por lo que creemos: nosotros mismos lo hemos oído hablar y sabemos que verdaderamente es el Salvador del mundo, Cristo Jesús*²; indudablemente con mayor presteza habrían sido cautivados los discípulos, como en efecto lo fueron. Porque como se hubieran acercado a Jesús y lo hubieran oído hablar solamente una tarde, ya no regresaron a Juan; sino que en tal forma se unieron a Jesús, que incluso asumieron el ministerio del Bautista y predicaron a su vez a Jesús. Pues dice el evangelista: *Este encontró a su hermano Simón y le dijo: Hemos hallado al Mesías, que significa Cristo*.

¹ Flp 3, 1

² Jn 4, 42

Quiero que adviertas cómo cuando Juan dijo: *Detrás de mí viene un hombre que ha sido constituido superior a mí*; y cuando dijo: *Yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias*, no logró para Cristo a nadie; y en cambio cuando habló de la economía de la redención y en su discurso se abajó a cosas más sencillas, entonces fue cuando sus discípulos siguieron a Cristo. Ni sólo es esto digno de considerarse, sino también que cuando se habla de Dios en cosas altas y sublimes, no son tantos los que son atraídos, como cuando el discurso trata de la clemencia y benignidad de Dios con palabras que procuran la salvación de los oyentes. Pues aquellos discípulos, apenas oyeron que Cristo cargaba sobre sus hombros el pecado del mundo, al punto lo siguieron. Como si dijeran: puesto que es necesario lavar las culpas ¿en qué nos detenemos? Presente se halla el que sin trabajo nos liberará; y ¿cómo no sería el extremo de la locura diferir para otro tiempo este don?

Oigan esto los catecúmenos que dejan para el fin de su vida el procurar la salvación. Dice, pues, el evangelista: De nuevo se presentó Juan y dijo: *He aquí el Cordero de Dios*. Aquí nada dice Cristo sino que Juan lo dice todo. Así suele proceder el Esposo. Nada dice él a la esposa, sino que se presenta callando. Son otros los que lo señalan y le entregan la esposa. Se presenta ella, pero tampoco la toma directamente el Esposo, sino que es otro el que se la entrega. Pero una vez que la han entregado y el Esposo la ha recibido, se aficiona a ella de tal manera que ya para nada se acuerda de los que se la entregaron. Así sucedió en lo de Cristo. Vino El para desposarse con la Iglesia, pero nada dijo, sino que solamente se presentó. Pero Juan, su amigo, le dio la mano derecha de la esposa, procurándole con sus palabras la amistad de los hombres. Y una vez que El los recibió, en tal forma los aficionó a su persona que ya nunca más se volvieron al legado que a Cristo los había entregado.

Pero no sólo esto hay que advertir aquí, sino además otra cosa. Así como en las nupcias no es la doncella quien busca al esposo y va a él, sino que es él quien se apresura en busca de ella; y aun cuando sea hijo de reyes, aunque ella sea de condición inferior, y aun en el caso de que él haya de desposarse con una esclava, procede siempre del mismo modo, así ha sucedido acá. La naturaleza humana no subió a los cielos, sino que Cristo fue quien bajó a esa vil y despreciable naturaleza; y una vez celebrados los desposorios, no permitió Cristo que ella permaneciera acá, sino que la tomó y la condujo a la casa paterna.

Más ¿por qué Juan no toma aparte a los discípulos y les habla así de estas cosas? ¿Por qué no los lleva de este modo a Cristo, sino que abiertamente y delante de todos les dice: *He aquí el Cordero de Dios*? Para que nadie pensara que aquello se hacía por previo mutuo acuerdo. Si Juan los hubiera exhortado en privado, y en esta forma ellos hubieran ido a Cristo, por darle gusto a Juan, quizá muy pronto se habrían arrepentido. Ahora en cambio, persuadidos de ir a Jesús por la enseñanza común, perseveraron con firmeza, puesto que no habían ido a Él por congraciarse con su maestro el Bautista, sino en busca de la propia utilidad.

Profetas y apóstoles predicaban a Cristo ausente: aquéllos antes de su advenimiento; éstos tras de su ascensión a los cielos: solamente Juan lo proclamó ahí presente: Por esto Jesús lo llama el amigo del esposo, pues sólo él estuvo presente a las nupcias. Él lo preparó todo y lo llevó a cabo. El dio principio al negocio. Y *fijando la mirada en Jesús que se paseaba*, dice: *He aquí el Cordero de Dios*, demostrando así que no solamente con la voz sino también con los ojos daba testimonio. Lleno de gozo y regocijo, se admiraba de Cristo. Tampoco exhorta al punto a los discípulos, sino que primero solamente mira estupefacto a Cristo presente, y declara el don que Cristo vino a traernos, y también el modo de purificación. Porque la palabra *Cordero* encierra ambas cosas.

Y no dijo que cargará sobre sí o que cargó sobre sí: *Que carga sobre sí* el pecado del mundo, porque es obra que continuamente está haciendo. No lo cargó únicamente en el momento de padecer; sino que desde entonces hasta ahora lo carga, no siempre crucificado (pues ofreció solamente un

sacrificio por los pecados), sino que perpetuamente purifica al mundo mediante este sacrificio. Así como la palabra Verbo declara la excelencia y la palabra Hijo la supereminencia con que sobrepasa a todos, así Cordero, Cristo, Profeta, Luz verdadera, Pastor bueno y cuanto de Él se pueda decir y se predica poniéndole el artículo, indican una gran distinción y diferencia de lo que significan los nombres comunes. Muchos corderos había, muchos profetas, muchos ungidos, muchos hijos; pero éste inmensamente se diferencia de ellos. Y no lo confirma únicamente el uso del artículo, sino además el añadir el Unigénito, pues el Unigénito nada tiene de común con las criaturas.

Y si a alguno le parece que está fuera de tiempo el decir estas cosas, o sea, a la hora décima (pues dice el evangelista que el tiempo era *como a la hora décima*), ese tal no parece andar muy equivocado. Porque a muchos que se entregan a servir al cuerpo, esa hora, que es enseguida de la comida, no les parece tiempo oportuno para tratar de negocios serios, porque tienen el ánimo sobrecargado con la mole de los alimentos. Pero en este caso, tratándose de un hombre que ni siquiera usaba de los alimentos acostumbrados y que aun por la tarde se encontraba sobrio y ligero, como lo estamos nosotros en las horas matutinas, y aun más que nosotros (pues acá con frecuencia dan vueltas las imaginaciones de los alimentos que tomaremos por la tarde, mientras que en Juan ningún pensamiento tal hacía pesada la nave), con todo derecho hablaba de cosas semejantes por la tarde.

Añádase que habitaba en el desierto y cerca del Jordán, sitio al cual se acercaban todos con sagrado temor para recibir el bautismo, y que en ese tiempo muy poco se cuidaban de los negocios seculares; lo cual consta, pues las turbas llegaron a perseverar con Cristo hasta tres días en ayunas. Propio es del pregonero celoso y del agricultor diligente no abandonar el campo hasta ver que la palabra sembrada ha echado raíces.

Mas ¿por qué Juan no recorrió íntegra Judea para predicar a Cristo, sino que permaneció en las cercanías del río Jordán y ahí esperó a Cristo para presentarlo cuando llegara? Porque anhelaba mostrar a Cristo por las propias obras de Este; y mientras tanto sólo procuraba darlo a conocer y persuadir a unos pocos y que éstos oyeran hablar de la vida eterna. Por lo demás, dejó que Cristo diera su testimonio propio, confirmado por sus obras, como El mismo lo dice: *Yo no necesito que un hombre testifique en favor mío: las obras que el Padre me otorga hacer son testimonio en mi favor*³. Observa cuánto más eficaz iba a ser semejante testimonio. Encendió una pequeña chispa y de pronto se alzó la llama. Los que al principio no habían atendido a las palabras de Juan, al fin dicen: *Todo lo que Juan dijo es verdadero*⁴. Por lo demás, si Juan hubiera dicho esas cosas yendo de ciudad en ciudad, semejante movimiento habría parecido ser efecto de un empeño humano; y luego la predicación habría parecido sospechosa.

Y lo oyeron dos de sus discípulos y se fueron tras de Jesús. *Había ahí otros discípulos de Juan; pero éstos no sólo no siguieron a Jesús, sino que lo envidiaron, pues decían: Maestro: sabe que aquel que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, bautiza y todos acuden a él*⁵ *Y de nuevo acusando dicen: ¿Cómo es que nosotros y los fariseos ayunamos con frecuencia, al paso que tus discípulos no ayunan? Pero los que de entre ellos eran los mejores, no sufrían esas pasiones, sino que al punto en que oyeron a Juan, siguieron a Jesús. Y no fue porque despreciaran a su antiguo maestro, sino, al revés, porque le tenían suma obediencia; y el proceder así era la prueba suprema de su recta intención.*

³ Jn 5, 34-35

⁴ Jn 10, 42

⁵ Jn 3, 26

Por lo demás, no siguieron a Jesús forzados por exhortaciones, lo cual habría sido sospechoso, sino porque Juan anteriormente había dicho que Jesús bautizaría en Espíritu Santo: tal fue el motivo de que lo siguieran. De modo que hablando con propiedad, no abandonaron a su maestro, sino que anhelaron saber qué más enseñaría Cristo que Juan. Nota la modestia en su diligencia. Porque no interrogaron a Jesús sobre cosas altas y necesarias para su salvación inmediatamente después de acercársele ni lo hicieron delante de todos y a la ligera, sino que procuraron hablarle aparte. Sabían ellos que las palabras de Juan no procedían de simple modestia sino de la verdad.

Uno de los dos que habían oído lo que Juan dijo, y habían seguido a Jesús era Andrés, hermano de Simón Pedro. ¿Por qué el evangelista no pone el nombre del otro? Unos dicen que quien esto escribía fue el otro que siguió a Jesús. Otros, al contrario, dicen que no siendo ese otro discípulo ninguno de los notables, no creyó deber decir nada fuera de lo necesario. ¿Qué utilidad habría podido seguirse de declarar el nombre, cuando tampoco se ponen los nombres de los setenta y dos discípulos? La misma práctica puedes ver en Pablo, pues dice: Con él enviamos al hermano, cuyos méritos en la predicación del evangelio conocen todas las iglesias⁶.

En cambio, mencionó a Andrés por otro motivo. ¿Cuál fue? Para que cuando oigas que Simón apenas oyó de Cristo: Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres⁷, y para nada dudó de tan inesperada promesa, sepas que ya anteriormente su hermano había puesto los fundamentos de la fe. Volvió el rostro Jesús y viendo que lo seguían, les dice: ¿Qué buscáis? Se nos enseña aquí que Dios no se adelanta con sus dones a nuestra voluntad, sino que, habiendo nosotros comenzado, y habiendo echado por delante nuestra buena voluntad, luego Él nos ofrece muchísimas ocasiones de salvación.

¿Qué buscáis? ¿Cómo es esto? El que conoce los corazones de los hombres y a quien están patentes todos nuestros pensamientos, ¿pregunta eso? Es que no lo hace para saber (¿cómo podría ser eso ni afirmarse tal cosa?), sino para mejor ganarlos preguntándoles y para darles mayor confianza y demostrarles que pueden dialogar con El. Porque es verosímil que ellos, como desconocidos que eran, tuvieran vergüenza y temor, pues tan grandes cosas habían oído a su maestro respecto de Jesús. Para quitarles esos afectos de vergüenza y temor, les hace la pregunta, y no permite que lleguen a su morada en silencio. Por lo demás, aun cuando no les hubiera preguntado, sin duda habrían perseverado en seguirlo y habrían llegado con él hasta su habitación.

Entonces ¿cuál es el motivo de que les pregunte? Para lograr lo que ya indiqué; o sea, para dar ánimos a ellos que se avergonzaban y dudaban y ponerles confianza. Ellos demostraron su anhelo no solamente con seguirlo, sino además con la pregunta que le hacen. No sabiendo nada de Él, ni habiendo antes oído hablar de Él, lo llaman Maestro, contándose ya entre sus discípulos y manifestando el motivo de seguirlo, esto es, para aprender de Él lo que sea útil para la salvación. Observa la prudencia con que proceden. Porque no le dijeron: Enséñanos alguna doctrina o algo necesario para la vida eterna, sino ¿qué le dicen?: *¿En dónde habitas?* Como ya dije, anhelaban hablar con Él, oírlo, aprender con quietud. Por esto no lo dejan para después ni dicen: Mañana regresaremos y te escucharemos cuando hables en público. Sino que muestran un ardiente deseo de oírlo, tal que ni por la hora ya adelantada se apartan; porque ya el sol iba cayendo al ocaso. Pues era, como dice el evangelista, *más o menos la hora décima*. Cristo no les dice en dónde está su morada, ni en qué lugar, sino que los alienta a seguirlo, mostrando así que ya los toma por suyos.

⁶ 2 Co 7, 18

⁷ Mt 4, 19

Tal es el motivo de que no les diga: La hora es intempestiva para que vosotros entréis en mi casa. Mañana escucharéis lo que deseáis. Por ahora volved a vuestro hogar. Sino que les habla como a amigos ya muy familiares. Entonces, dirás: ¿por qué en otra parte dice: *El Hijo del hombre no tiene en dónde reclinar su cabeza*?⁸ Mientras que aquí dice: *Venid y ved en donde habito*. La expresión: *No tiene en dónde reclinar su cabeza*, significa que Cristo no tenía casa propia, pero no que no habitara en alguna casa: así lo da a entender la comparación que usa. Y el evangelista dice que ellos permanecieron con él durante aquel día. No dice la causa de eso, por tratarse de una cosa evidente y clara. Puesto que no habían tenido otro motivo de seguir a Cristo, ni Cristo de acogerlos, sino escucharle su doctrina. Y en esa noche la bebieron tan copiosa y con tan gran empeño, que enseguida ambos se apresuraron a convocar a otros.

Aprendamos nosotros a posponer todo negocio a la doctrina del cielo y a no tener tiempo alguno como inoportuno. Aunque sea necesario entrar en una casa ajena o presentarse como un desconocido ante gentes principales y también desconocidas de nosotros, aunque se trate de horas intempestivas y de un tiempo cualquiera, jamás debemos descuidar este comercio. El alimento, el baño, la cena y lo demás que pertenece a la conservación de la vida, tienen sus tiempos determinados; pero la enseñanza de las virtudes y la ciencia del cielo, no tienen hora señalada, sino que todo tiempo les es a propósito. Porque dice Pablo: *Oportuna e importunamente, arguye, reprende, exhorta*⁹. Y a su vez el profeta dice: *Meditará en su ley [de Yahvé] día y noche*¹⁰. También Moisés ordenaba a los judíos que continuamente lo hicieran. Las cosas tocantes a la vida, me refiero a las cenas, a los baños, aunque son necesarias, si se usan con demasiada frecuencia debilitan el cuerpo; pero la enseñanza espiritual cuanto más se inculca tanto más fortalece al alma. Pero ahora lo que sucede es que todo el tiempo lo pasamos en bromas inútiles: la aurora, la mañana, el mediodía, la tarde, todo lo pasamos en determinado sitio vanamente; en cambio las enseñanzas divinas, si una o dos veces por semana las escuchamos, nos cansan y nos causan náuseas.

¿Por qué sucede esto? Porque nuestro ánimo es malo. Empleamos en cosas de acá bajo todo su anhelo y empeño, y por esto no sentimos hambre del alimento espiritual. Grande señal es ésta de una enfermedad grave: el no tener hambre ni sed, sino el que ambas cosas, comer y beber, nos repugnen. Si cuando esto acontece al cuerpo lo tenemos como grave indicio y causado por notable enfermedad, mucho más lo es tratándose del alma. Pero ¿en qué forma podremos levantar el alma cuando anda caída y debilitada? ¿Con qué obras? ¿Con qué palabras? Tomando las sentencias divinas, las palabras de los profetas, de los apóstoles, de los evangelistas y todas las otras de la Sagrada Escritura.

Caeremos entonces en la cuenta de que mucho mejor es usar de estos alimentos que de otros no santos, sino impuros; pues así hay que llamar las bromas importunas y las charlas inútiles. Dime: ¿acaso es mejor hablar de asuntos forenses, judiciales, militares, que de los celestes y de lo que luego vendrá cuando salgamos de esta vida? ¿Qué será más útil: hablar de los asuntos y de los defectos de los vecinos, y andar con vana curiosidad inquiriendo las cosas ajenas, o más bien tratar de los ángeles y de lo tocante a nuestra propia utilidad? Al fin y al cabo lo del vecino para nada te toca, mientras que lo del Cielo es propio tuyo. Instarás diciendo: Bueno, pero es cosa lícita, después de hablar de aquellas cosas, cumplir con lo demás. Bien está. Pero ¿qué decir de los que a la ligera y sin utilidad alguna no se ocupan en eso y en cambio gastan el día íntegro en hablar de estas otras cosas y nunca acaban de tratar de ellas?

⁸ Lc 9, 58

⁹ 2 Tm 4, 2

¹⁰ Sal 1, 2

Y no me refiero aún a cosas más graves. Porque los más modestos hablan entre sí de las cosas dichas; pero los más desidiosos y dados a la pereza, lo que traen continuamente en los labios es lo referente a los actores del teatro, a los bailarines, a los aurigas; y manchan los oídos echando por tierra las almas; y con semejantes conversaciones inclinan al mal la naturaleza y llevan el ánimo a toda clase de feas imaginaciones. Pues apenas se ha pronunciado el nombre de un bailarín, al punto en la imaginación el alma pinta su cara, sus cabellos, su muelle vestido y todo su continente más muelle aún con mucho que cada una de esas cosas.

Otro enciende la llama de la pasión y la alimenta metiendo en la conversación a alguna ramera, sus palabras, su presentación, sus miradas lascivas, su aspecto muelle, sus cabellos ensortijados, sus mejillas desfiguradas con los afeites. ¿No os ha acontecido conmoveros un tanto mientras yo digo estas cosas? Pero no os dé vergüenza, no os ruboricéis: eso lo lleva consigo y lo exige la natural necesidad, pues así se conmueve el alma de acuerdo con las cosas que se narran. Pues bien: si siendo yo el que os hablo, estando vosotros en la iglesia, lejos de cosas semejantes, con sólo oírlas os sentís un tanto conmovidos, pensad ¿en qué disposición estarán los que en el teatro entran y toman asiento, entre excesivas libertades, fuera de esta venerable y respetable asamblea, cuando ven y oyen tales cosas con la mayor desvergüenza?

Dirá quizás alguno de los que no atienden: ¿Por qué, si así lo pide la natural necesidad y en tal forma afecta al alma, no te fijas en esto y en cambio nos acusas a nosotros? Al fin y al cabo, obra es de la naturaleza el sentirse muelle cuando tales cosas oye; pero ponerse a oírlas, no es de la naturaleza, sino falla del libre albedrío. También es de natural necesidad que quien se acerca al fuego se queme, a causa de la delicadeza del organismo; pero no nos acerca al fuego ni hace que nos quememos la natural necesidad, ya que esto depende en absoluto de la voluntad perversa.

En conclusión, lo que yo intento desterrar y corregir es que no os arrojéis voluntariamente al precipicio, no os empujéis vosotros mismos al abismo de la iniquidad, ni corráis voluntariamente a quemaros en la pira; y esto con el objeto de que no nos hagamos reos de las llamas preparadas para el diablo. Ojalá que todos nosotros, liberados de la llama de la lujuria y de la llama de la gehena, seamos acogidos en el seno de Abraham, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al cual, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

(Explicación del Evangelio de San Juan, Homilía XVIII (XVII), Ed. Tradición, México, 1981, (I), pp. 147-157)

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2018

Ángelus 2014

Ser discípulos del Cordero con inocencia, amor, humildad y servicio

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Con la fiesta del Bautismo del Señor, celebrada el domingo pasado, hemos entrado en el tiempo litúrgico llamado “ordinario”. En este segundo domingo, el Evangelio nos presenta la escena del encuentro entre Jesús y Juan el Bautista, a orillas del río Jordán. Quien lo relata es el testigo ocular, Juan evangelista, quien antes de ser discípulo de Jesús era discípulo del Bautista, junto a su hermano Santiago, con Simón y Andrés, todos de Galilea, todos pescadores. El Bautista, por lo tanto, ve a Jesús que avanza entre la multitud e, inspirado desde lo alto, reconoce en Él al enviado de Dios, por ello lo indica con estas palabras: “Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29).

El verbo que se traduce con “quita” significa literalmente “aliviar”, “tomar sobre sí”. Jesús vino al mundo con una misión precisa: liberarlo de la esclavitud del pecado, cargando sobre sí las culpas de la humanidad. ¿De qué modo? Amando. No hay otro modo de vencer el mal y el pecado si no es con el amor que impulsa al don de la propia vida por los demás. En el testimonio de Juan el Bautista, Jesús tiene los rasgos del Siervo del Señor, que “soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores” (Is 53, 4), hasta morir en la cruz. Él es el verdadero cordero pascual, que se sumerge en el río de nuestro pecado, para purificarnos.

El Bautista ve ante sí a un hombre que hace la fila con los pecadores para hacerse bautizar, incluso sin tener necesidad. Un hombre que Dios mandó al mundo como cordero inmolado. En el Nuevo Testamento el término “cordero” se le encuentra en más de una ocasión, y siempre en relación a Jesús. Esta imagen del cordero podría asombrar. En efecto, un animal que no se caracteriza ciertamente por su fuerza y robustez si carga en sus propios hombros un peso tan inaguantable. La masa enorme del mal es quitada y llevada por una creatura débil y frágil, símbolo de obediencia, docilidad y amor indefenso, que llega hasta el sacrificio de sí mismo. El cordero no es un dominador, sino que es dócil; no es agresivo, sino pacífico; no muestra las garras o los dientes ante cualquier ataque, sino que soporta y es dócil. Y así es Jesús. Así es Jesús, como un cordero.

¿Qué significa para la Iglesia, para nosotros, hoy, ser discípulos de Jesús Cordero de Dios? Significa poner en el sitio de la malicia, la inocencia; en el lugar de la fuerza, el amor; en el lugar de la soberbia, la humildad; en el lugar del prestigio, el servicio. Es un buen trabajo. Nosotros, cristianos, debemos hacer esto: poner en el lugar de la malicia, la inocencia, en el lugar de la fuerza, el amor, en el lugar de la soberbia, la humildad, en el lugar del prestigio el servicio. Ser discípulos del Cordero no significa vivir como una “ciudadela asediada”, sino como una ciudad ubicada en el monte, abierta, acogedora y solidaria. Quiere decir no asumir actitudes de cerrazón, sino proponer el Evangelio a todos, testimoniando con nuestra vida que seguir a Jesús nos hace más libres y más alegres.

+++

Ángelus 2018

Buscar a Jesús, encontrar a Jesús, seguir a Jesús

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Como en la fiesta de la Epifanía y en la del Bautismo de Jesús, la página del Evangelio de hoy (cf. Jn 1, 35-42) propone también el tema de la *manifestación* del Señor. Esta vez, es Juan Bautista quien lo indica a sus discípulos como “el Cordero de Dios” (v.36), invitándolos a *seguirlo*. Y así es para nosotros: Aquel a quien hemos contemplado en el misterio de la Navidad, estamos ahora llamados a seguirlo en la vida cotidiana. Por lo tanto, el Evangelio de hoy nos introduce perfectamente en el tiempo litúrgico ordinario, un tiempo que sirve para animar y verificar nuestro camino de fe en la vida habitual, en una dinámica que se mueve entre *Epifanía* y *seguimiento* entre *manifestación* y *vocación*”.

El relato del Evangelio indica las características esenciales del itinerario de fe. Hay un itinerario de fe, que es el itinerario de los discípulos de todos los tiempos, también del nuestro, a partir de la pregunta que Jesús dirige a los discípulos que, animados por Juan Bautista, comienzan a seguirle: “¿Qué buscáis?” (v.38). Es la misma pregunta que, en la mañana de Pascua, el Resucitado hará a María Magdalena: “Mujer, ¿a quién buscas?” (Jn 20, 15). Cada uno de nosotros, como ser humano, está en búsqueda: búsqueda de felicidad, búsqueda de amor, de una vida buena y plena. Dios Padre nos ha dado todo esto en su Hijo Jesús.

En esta búsqueda, es fundamental el papel de un *verdadero* testigo: de una persona que ha hecho antes el camino y ha encontrado al Señor. En el Evangelio, Juan Bautista es ese testigo. Por eso pudo orientar a sus discípulos hacia Jesús, que los involucra en una nueva experiencia diciendo: “*Venid y veréis*” (v. 39). Y aquellos dos no pudieron olvidar la belleza de este encuentro, hasta el punto que el Evangelista anota incluso la hora: “Eran alrededor de las cuatro de la tarde” (*ibid*). Solo un *encuentro* personal *con Jesús* genera un camino de fe y de discipulado. Podremos tener muchas experiencias, realizar muchas cosas, establecer relaciones con muchas personas, pero solo el encuentro con Jesús, en esa hora que Dios conoce, puede dar un sentido pleno a nuestra vida y hacer fecundos nuestros proyectos y nuestras iniciativas.

No es suficiente construirse una imagen de Dios basada sobre lo que hemos oído: es necesario ir en busca del Maestro Divino e ir a donde vive. La pregunta de los dos discípulos a Jesús, “*Dónde vives?*” (v.38) tiene un sentido espiritual fuerte: expresa el deseo de saber dónde vive el Maestro, para poder *estar con Él*. La vida de fe consiste en el deseo de estar con el Señor y en una búsqueda continua del lugar donde Él habita. Esto significa que estamos llamados a superar una religiosidad rutinaria y descontada, reavivando el encuentro con Jesús en la oración, en la meditación de la Palabra de Dios y frecuentando los sacramentos para estar con Él y dar fruto gracias a Él, a su ayuda, a su gracia.

Buscar a Jesús, encontrar a Jesús, seguir a Jesús: este es el camino. Buscar a Jesús, encontrar a Jesús, seguir a Jesús.

¡Que la Virgen María nos sostenga en este propósito de seguir a Jesús, de ir y de estar allí donde Él habita, para escuchar su Palabra de vida, para adherir a Él, que quita el pecado del mundo, para encontrar en Él esperanza e impulso espiritual!

BENEDICTO XVI – Ángelus 2012

El papel de los padres y otros formadores para el discernimiento de la vocación

¡Queridos hermanos y hermanas!

En las Lecturas bíblicas de este domingo –el segundo del Tiempo Ordinario– surge el tema de la vocación: en el Evangelio es la llamada de los primeros discípulos por parte de Jesús; en la primera Lectura es la llamada del profeta Samuel. En ambos relatos resalta la importancia de la figura que desarrolla el papel de mediador, ayudando a las personas llamadas a reconocer la voz de Dios y a seguirla. En el caso de Samuel, se trata de Elí, sacerdote del templo de Silo, donde antiguamente estaba custodiada el arca de la alianza, antes de ser transportada a Jerusalén. Una noche Samuel, que era aún un muchacho y que desde pequeño vivía al servicio del templo, por tres veces consecutivas sintió llamarse en sueños y corrió hacia Elí. Pero no era él quien lo llamaba. A la tercera vez Elí entendió, y dijo a Samuel: “y si alguien te llama, tú dirás: Habla, Señor, porque tu servidor escucha” (1 Sam 3,9). Así ocurrió, y desde ese momento Samuel aprendió a reconocer las palabras de Dios y se convirtió en su fiel profeta. En el caso de los discípulos de Jesús, la figura mediadora es aquella de Juan Bautista. En efecto, en torno a Juan había un vasto círculo de discípulos, y entre estos se encontraban las dos parejas de hermanos Simón y Andrés, Santiago y Juan, pescadores de Galilea. Justamente a dos de estos el Bautista les indicó a Jesús, el día después de su bautismo en el río Jordán. Se los señaló diciendo: “Este es el Cordero de Dios” (Jn 1,36), que equivalía que decir: Este es el Mesías. Y aquellos dos siguieron a Jesús, permanecieron largo tiempo con El y se convencieron que verdaderamente era Cristo. De inmediato lo dijeron a los otros, y así se formó el primer núcleo de aquello que llegaría a ser el colegio de los Apóstoles.

A la luz de estos dos textos, quisiera subrayar el papel decisivo de la guía espiritual en el camino de fe y, en particular, en la respuesta a la vocación de especial consagración para el servicio de Dios y de su pueblo. La misma fe cristiana, por sí sola, presupone el anuncio y el testimonio: de hecho ella consiste en la adhesión a la buena noticia que Jesús de Nazaret ha muerto y resucitado, que es Dios. Y así también la llamada a seguir a Jesús más de cerca, renunciando a formar la propia familia para dedicarse a la gran familia de la Iglesia, pasa normalmente a través del testimonio y la propuesta de un “hermano mayor”, de hecho un sacerdote. Esto sin olvidar el papel fundamental de los padres, que con su fe genuina y gozosa y su amor conyugal muestran a los hijos que es bello y posible construir toda la vida sobre el amor de Dios.

Queridos hermanos, pidamos a la Virgen María por todos los educadores, especialmente los sacerdotes y los padres, para que tengan plena conciencia de la importancia de su papel espiritual, para favorecer en los jóvenes, además del crecimiento humano, la respuesta a la llamada de Dios, a decir: “habla, Señor, tu siervo te escucha”.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

DOMINGOS DEL TIEMPO ORDINARIO

140. Los tiempos de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua poseen un carácter particular y las lecturas indicadas para estos tiempos tienen una armonía inherente que deriva de estos. Es distinto el caso de los domingos del Tiempo Ordinario, como puntualizan los ***Praenotanda*** del Leccionario: “Por el contrario, en los domingos del Tiempo Ordinario, que no tienen una característica peculiar, los textos de la lectura apostólica y del Evangelio se distribuyen según el orden de la lectura discontinua, mientras que la lectura del Antiguo Testamento se compone armónicamente con el Evangelio» (OLM 67).

Los redactores del Leccionario, han rechazado intencionadamente la idea de asignar un «tema» a cada domingo del año y escoger las lecturas como consecuencia de ello: «Lo que era conveniente para aquellos tiempos anteriormente citados no ha parecido oportuno aplicarlo también a los domingos, de modo que en ellos hubiera una cierta unidad temática que hiciera más fácil la instrucción homilética. El genuino concepto de la acción litúrgica se contradice, en efecto, con una semejante composición temática, ya que dicha acción litúrgica es siempre celebración del misterio de Cristo y, por tradición propia, usa la Palabra de Dios movida no sólo por unas inquietudes de orden racional o externo, sino por la preocupación de anunciar el Evangelio y de llevar a los creyentes hacia la verdad plena» (OLM 68).

Fiel al mandato del Concilio Vaticano II, que ha indicado cómo «los textos y los ritos se han de ordenar de manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan» (SC 21), el Leccionario trienal del Tiempo Ordinario presenta a los fieles el Misterio de Cristo, tal y como narran los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas. El homilista, prestando atención a la estructura de las lecturas en el Tiempo Ordinario, puede encontrar una ayuda para su propia preparación. El ***Directorio***, en este punto, recuerda lo que dicen los ***Praenotanda*** sobre esta estructura, a partir del Evangelio.

141. Tras haber evidenciado que el II domingo del Tiempo Ordinario continúa el tema de la Manifestación del Señor, celebrada con la Epifanía y la Fiesta del Bautismo del Señor; los ***Praenotanda*** prosiguen:

«A partir del domingo III, empieza la lectura semicontinua de los tres Evangelios sinópticos; esta lectura se ordena de manera que presente la doctrina propia de cada Evangelio a medida que se va desarrollando la vida y predicación del Señor.

Además, gracias a esta distribución, se consigue una cierta armonía entre el sentido de cada Evangelio y la evolución del año litúrgico. En efecto, después de la Epifanía se leen los comienzos de la predicación del Señor, que guardan una estrecha relación con el Bautismo y las primeras manifestaciones de Cristo. Al final del año litúrgico, se llega espontáneamente al tema escatológico, propio de los últimos domingos, ya que los capítulos del Evangelio que preceden al relato de la pasión tratan este tema, con más o menos amplitud» (OLM 105).

Existe, por tanto, un esquema común que siguen los tres ciclos: las primeras semanas afrontan el inicio de la misión pública de Cristo, las últimas poseen un tema escatológico y las semanas que se encuentran entre ellas presentan, de manera continua, diversos acontecimientos y enseñanzas de la vida de nuestro Señor.

142. Cada año está bien definido, ya que revela las enseñanzas propias de cada Evangelio sinóptico. El homileta, tendría que resistir la tentación de considerar los pasajes evangélicos dominicales como una entidad independiente; el conocimiento de la estructura global y de los elementos característicos de cada Evangelio puede ayudarle a profundizar su comprensión del texto.

143. AÑO B: aunque no tiene la articulada organización de los otros dos Evangelios sinópticos, la narración de Marcos posee su particular dinamismo, que el homileta podrá poner de relieve, siempre, en los diversos momentos del año. Al inicio, el ministerio de Jesús es acogido con gran entusiasmo (del III al IX domingo) pero la oposición no tarda en llegar (X domingo). Incluso sus discípulos le entienden mal porque sus esperanzas están puestas en un Mesías terrenal. El momento del cambio en el ministerio público de Jesús llega, en la narración de Marcos, con la confesión de fe de Pedro, con el primer anuncio de Cristo de su propia Pasión, y con el rechazo de Pedro de tal proyecto (domingos XXIV y XXV). Los malentendidos se suceden en este Evangelio, ya que Jesús habla y se comporta de forma que confunde y escandaliza a los oyentes, lo que ofrece una lección positiva a la comunidad cristiana reunida cada semana para escuchar la Palabra de Dios (el misterio de Cristo pone siempre a prueba nuestras expectativas). Otra característica importante del Ciclo B, es adoptar la narración de san Juan de la multiplicación de los panes y de los peces, con el sucesivo discurso del pan de vida (del domingo XVII al XXI). Esto ofrece al homileta la oportunidad de predicar durante varias semanas sobre Cristo, pan vivo que nos nutre, tanto con su Palabra como con su Cuerpo y su Sangre.

146. Con respecto a las lecturas del Antiguo Testamento en el Tiempo Ordinario, así se expresan los ***Praenotanda***:

«Estas lecturas se han seleccionado en relación con los fragmentos evangélicos, con el fin de evitar una excesiva diversidad entre las lecturas de cada Misa y, sobre todo, para poner de manifiesto la unidad de ambos Testamentos. La relación entre las lecturas de la Misa se hace ostensible a través de la cuidadosa selección de los títulos que se hallan al principio de cada lectura.

Al seleccionar las lecturas, se ha procurado que, en lo posible, fueran breves y fáciles. Pero también se ha previsto que en los domingos se lea el mayor número posible de los textos más importantes del Antiguo Testamento. Estos textos se han distribuido sin un orden lógico, atendiendo solamente a su relación con el Evangelio; sin embargo, el tesoro de la Palabra de Dios quedará de tal manera abierto, que todos los que participan en la misa dominical conocerán casi todos los pasajes más importantes del Antiguo Testamento» (OLM 106).

Los ejemplos ofrecidos por este **Directorio**, con relación al tiempo de Adviento/Navidad y Cuaresma/Pascua, indican los recorridos que el homileta puede seguir para conectar las lecturas del Nuevo y del Antiguo Testamento, mostrando cómo las mismas convergen en la persona y en la misión de Jesucristo. Además, no se debe olvidar el salmo responsorial, que también ha sido escogido en armonía con el Evangelio y con la lectura del Antiguo Testamento. El homileta no puede pretender que el pueblo reconozca de modo automático estos nexos, que deberán, por el contrario, ser indicados en la homilía. Los **Praenotanda**, también atraen la atención sobre los títulos elegidos para cada lectura explicando que han sido elegidos con cuidado, tanto para indicar el tema principal de la lectura como también, cuando sea necesario, para poner de relieve el nexo entre las diversas lecturas de una Misa concreta (cf. OLM 123).

147. Por último, están las lecturas en el Tiempo Ordinario tomadas de los Apóstoles:

«Para esta segunda lectura se propone una lectura semicontinua de las cartas de san Pablo y de Santiago (las cartas de san Pedro y de san Juan se leen en el tiempo pascual y en el tiempo de Navidad).

La primera carta a los Corintios, dado que es muy larga y trata de temas diversos, se ha distribuido en los tres años del ciclo, al principio de este Tiempo Ordinario. También ha parecido oportuno dividir la carta a los Hebreos en dos partes, la primera de las cuales se lee el año B, y la otra el año C.

Conviene advertir que se han escogido solo unas lecturas bastante breves y no demasiado difíciles para la comprensión de los fieles» (OLM 107).

A todo lo expuesto en los **Praenotanda** es oportuno añadir dos observaciones sobre la disposición de los textos tomados de los Apóstoles. Sobre todo, en las semanas que concluyen el Año Litúrgico escuchamos la primera y la segunda carta a los Tesalonicenses, donde se tratan temas escatológicos que sintonizan con las demás lecturas y con los textos litúrgicos de estos domingos. En segundo lugar, la carta de Pablo a los Romanos constituye una parte muy importante del Ciclo A del domingo IX al XXV. Dada su importancia, a pesar del espacio que le dedica el Leccionario, el homileta puede reservarle una atención especial en estos domingos del Tiempo Ordinario.

148. Debemos reconocer que las lecturas tomadas de los Apóstoles pueden generar un pequeño dilema, en el sentido que no han sido elegidas para que armonicen con el Evangelio y con la lectura del Antiguo Testamento. En ocasiones si están, de modo explícito, en armonía con las otras lecturas, aunque este no es el caso más frecuente, y el homileta no debe forzar la «concordancia» con dichas lecturas. Es legítimo, no obstante, que a veces predique primariamente sobre la segunda lectura, a lo mejor dedicando también algunos domingos a una de las lecturas.

149. El hecho de que los domingos del tiempo ordinario no posean una armonía intrínseca puede representar un reto para el homileta pero este reto le ofrece la oportunidad de evidenciar, una vez más, la finalidad fundamental de la homilía: «El Misterio Pascual de Cristo, proclamado en las lecturas y en la homilía, se realiza por medio del sacrificio de la Misa» (OLM 24). El homileta no debería sentir la necesidad de detenerse en cada lectura o de construir un puente artificial entre ellas: el principio unificador es la Revelación y la Celebración del Misterio Pascual de Cristo para la asamblea litúrgica. En un domingo concreto, el camino de entrada en el misterio nos viene dado en la página del Evangelio leída a la luz de la doctrina propia del Evangelista; esto también puede ser reforzado con una reflexión sobre la relación que hay entre el pasaje del Evangelio, la lectura del Antiguo Testamento y el salmo responsorial. O también, el homileta podría basar su homilía principalmente sobre el texto del Apóstol. En todo caso, la finalidad no es la de hacer un **tour de**

force que una, de modo exhaustivo, los hilos diversos de las Lecturas sino más bien seguir uno de ellos que conduzca al pueblo de Dios al corazón del misterio de la vida, Muerte y Resurrección de Cristo, realizado en la Celebración Litúrgica.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La voluntad del Padre se cumple en Cristo

462. La carta a los Hebreos habla del mismo misterio:

Por eso, al entrar en este mundo, [Cristo] dice: No quisiste sacrificio y oblación; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo ... a hacer, oh Dios, tu voluntad! (Hb 10, 5-7, citando Sal 40, 7-9 LXX).

Los rasgos comunes en los Misterios de Jesús

516. Toda la vida de Cristo es Revelación del Padre: sus palabras y sus obras, sus silencios y sus sufrimientos, su manera de ser y de hablar. Jesús puede decir: “Quien me ve a mí, ve al Padre” (Jn 14, 9), y el Padre: “Este es mi Hijo amado; escuchadle” (Lc 9, 35). Nuestro Señor, al haberse hecho para cumplir la voluntad del Padre (cf. Hb 10,5-7), nos “manifestó el amor que nos tiene” (1 Jn 4,9) con los menores rasgos de sus misterios.

2568. La revelación de la oración en el Antiguo Testamento se inscribe entre la caída y la elevación del hombre, entre la llamada dolorosa de Dios a sus primeros hijos: “¿Dónde estás?... ¿Por qué lo has hecho?” (Gn 3, 9. 13) y la respuesta del Hijo único al entrar en el mundo: “He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad” (Hb 10, 5-7). Así, la oración está ligada con la historia de los hombres, es la relación con Dios en los acontecimientos de la historia.

2824. En Cristo, y por medio de su voluntad humana, la voluntad del Padre fue cumplida perfectamente y de una vez por todas. Jesús dijo al entrar en el mundo: “He aquí que yo vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad” (Hb 10, 7; Sal 40, 7). Sólo Jesús puede decir: “Yo hago siempre lo que le agrada a él” (Jn 8, 29). En la oración de su agonía, acoge totalmente esta Voluntad: “No se haga mi voluntad sino la tuya” (Lc 22, 42; cf Jn 4, 34; 5, 30; 6, 38). He aquí por qué Jesús “se entregó a sí mismo por nuestros pecados según la voluntad de Dios” (Ga 1, 4). “Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo” (Hb 10, 10).

Acoger el Reino de Dios, acoger la Palabra de Dios

El anuncio del Reino de Dios

543. Todos los hombres están llamados a entrar en el Reino. Anunciado en primer lugar a los hijos de Israel (cf. Mt 10, 5-7), este reino mesiánico está destinado a acoger a los hombres de todas las naciones (cf. Mt 8, 11; 28, 19). Para entrar en él, es necesario acoger la palabra de Jesús:

La palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en el campo: los que escuchan con fe y se unen al pequeño rebaño de Cristo han acogido el Reino; después la semilla, por sí misma, germina y crece hasta el tiempo de la siega (LG 5).

544. El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para “anunciar la Buena Nueva a los pobres” (Lc 4, 18; cf. 7, 22). Los declara bienaventurados porque de “ellos es el Reino de los cielos” (Mt 5, 3); a los “pequeños” es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes (cf. Mt 11,

25). Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres; conoce el hambre (cf. Mc 2, 23-26; Mt 21,18), la sed (cf. Jn 4,6-7; 19,28) y la privación (cf. Lc 9, 58). Aún más: se identifica con los pobres de todas clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su Reino (cf. Mt 25, 31-46).

545. Jesús invita a los pecadores al banquete del Reino: “No he venido a llamar a justos sino a pecadores” (Mc 2, 17; cf. 1 Tim 1, 15). Les invita a la conversión, sin la cual no se puede entrar en el Reino, pero les muestra de palabra y con hechos la misericordia sin límites de su Padre hacia ellos (cf. Lc 15, 11-32) y la inmensa “alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta” (Lc 15, 7). La prueba suprema de este amor será el sacrificio de su propia vida “para remisión de los pecados” (Mt 26, 28).

546. Jesús llama a entrar en el Reino a través de las parábolas, rasgo típico de su enseñanza (cf. Mc 4, 33-34). Por medio de ellas invita al banquete del Reino (cf. Mt 22, 1-14), pero exige también una elección radical para alcanzar el Reino, es necesario darlo todo (cf. Mt 13, 44-45); las palabras no bastan, hacen falta obras (cf. Mt 21, 28-32). Las parábolas son como un espejo para el hombre: ¿acoge la palabra como un suelo duro o como una buena tierra (cf. Mt 13, 3-9)? ¿Qué hace con los talentos recibidos (cf. Mt 25, 14-30)? Jesús y la presencia del Reino en este mundo están secretamente en el corazón de las parábolas. Es preciso entrar en el Reino, es decir, hacerse discípulo de Cristo para “conocer los Misterios del Reino de los cielos” (Mt 13, 11). Para los que están “fuera” (Mc 4, 11), la enseñanza de las parábolas es algo enigmático (cf. Mt 13, 10-15).

Cristo, fuente de la vocación cristiana

873. Las mismas diferencias que el Señor quiso poner entre los miembros de su Cuerpo sirven a su unidad y a su misión. Porque “hay en la Iglesia diversidad de ministerios, pero unidad de misión. A los Apóstoles y sus sucesores les confirió Cristo la función de enseñar, santificar y gobernar en su propio nombre y autoridad. Pero también los laicos, partícipes de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, cumplen en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde en la misión de todo el Pueblo de Dios” (AA 2). En fin, “en esos dos grupos [jerarquía y laicos], hay fieles que por la profesión de los consejos evangélicos ... se consagran a Dios y contribuyen a la misión salvífica de la Iglesia según la manera peculiar que les es propia” (CIC can. 207, 2).

I. LA CONSTITUCION JERARQUICA DE LA IGLESIA

Razón del ministerio eclesial

874. El mismo Cristo es la fuente del ministerio en la Iglesia. El lo ha instituido, le ha dado autoridad y misión, orientación y finalidad:

Cristo el Señor, para dirigir al Pueblo de Dios y hacerle progresar siempre, instituyó en su Iglesia diversos ministerios que está ordenados al bien de todo el Cuerpo. En efecto, los ministros que posean la sagrada potestad están al servicio de sus hermanos para que todos los que son miembros del Pueblo de Dios...lleguen a la salvación (LG 18).

La dignidad del cuerpo

364. El cuerpo del hombre participa de la dignidad de la “imagen de Dios”: es cuerpo humano precisamente porque está animado por el alma espiritual, y es toda la persona humana la que está destinada a ser, en el Cuerpo de Cristo, el Templo del Espíritu (cf. 1 Co 6,19-20; 15,44-45):

Uno en cuerpo y alma, el hombre, por su misma condición corporal, reúne en sí los elementos del mundo material, de tal modo que, por medio de él, éstos alcanzan su cima y elevan la voz para la

libre alabanza del Creador. Por consiguiente, no es lícito al hombre despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, tiene que considerar su cuerpo bueno y digno de honra, ya que ha sido creado por Dios y que ha de resucitar en el último día (GS 14,1).

1004. Esperando este día, el cuerpo y el alma del creyente participan ya de la dignidad de ser “en Cristo”; donde se basa la exigencia del respeto hacia el propio cuerpo, y también hacia el ajeno, particularmente cuando sufre:

El cuerpo es para el Señor y el Señor para el cuerpo. Y Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros mediante su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... No os pertenecéis... Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo (1 Co 6, 13-15. 19-20).

Ayudar a los hijos a descubrir su vocación

1656. En nuestros días, en un mundo frecuentemente extraño e incluso hostil a la fe, las familias creyentes tienen una importancia primordial en cuanto faros de una fe viva e irradiadora. Por eso el Concilio Vaticano II llama a la familia, con una antigua expresión, “Ecclesia domestica” (LG 11; cf. FC 21). En el seno de la familia, “los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo, y han de fomentar la vocación personal de cada uno y, con especial cuidado, la vocación a la vida consagrada” (LG 11).

2226. La educación en la fe por los padres debe comenzar desde la más tierna infancia. Esta educación se hace ya cuando los miembros de la familia se ayudan a crecer en la fe mediante el testimonio de una vida cristiana de acuerdo con el evangelio. La catequesis familiar precede, acompaña y enriquece las otras formas de enseñanza de la fe. Los padres tienen la misión de enseñar a sus hijos a orar y a descubrir su vocación de hijos de Dios (cf LG 11). La parroquia es la comunidad eucarística y el corazón de la vida litúrgica de las familias cristianas; es un lugar privilegiado para la catequesis de los niños y de los padres.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Glorificad a Dios en vuestro cuerpo

El fragmento evangélico nos hace asistir a la formación del primer núcleo de discípulos, del que se desarrollará, primero, el colegio de los apóstoles y, enseguida, la entera comunidad cristiana. Es la Iglesia en su «estado naciente», momento irrepetible, rico de maravillas, de novedades, de promesas. El estado naciente es el momento en que desemboca lo que, a continuación, llegará a ser el «estado de vida», si se trata de una persona (tal es el enamoramiento respecto al matrimonio, que seguirá) o la «institución», si se trata de una nueva formación social.

Juan está aún junto con dos discípulos en las orillas del Jordán, cuando ve pasar a Jesús y no se entretiene en gritar de nuevo: «He ahí el Cordero de Dios». Los dos discípulos lo entienden y, dejando para siempre al Bautista, se ponen a seguir a Jesús. Viéndose seguido, Jesús se vuelve y les pregunta: «¿Qué buscáis?» Justo, para romper el hielo, le responden: «Rabbí, que quiere decir “Maestro”, ¿dónde vives?» Les respondió: «Venid y lo veréis». Fueron, vieron y desde aquel día se quedaron con él. Aquel momento llegó a ser tan decisivo en su vida, que recordarán hasta la hora en que sucedió: «Serían las cuatro de la tarde».

Jesús viendo a Simón le dice unas palabras misteriosas, de las que, sin embargo, nosotros hoy ya sabemos el significado. Le cambió el nombre; le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cejas» (que quiere decir, “Piedra”). Así, vemos organizado no sólo el proceso de

incorporación, que llevará a la formación de la Iglesia, sino también un primer anuncio de su organización y de su ordenamiento. A Pedro, en efecto, se le dirá más tarde: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mateo 16,16).

San Pablo, en la segunda lectura, nos traslada al clima de la comunidad cristiana, ya formada, con sus problemas, ideales y tensiones. Una de estas tensiones se refiere al correcto ejercicio de la sexualidad. La venida a la fe y el bautismo no han anulado en este campo las tendencias naturales, los instintos y la eterna lucha entre la carne y el espíritu. En Corinto, ciudad pagana y puerto de mar, desde este punto de vista, los problemas parece que fueron particularmente agudos. La necesidad de reprimir los abusos da ocasión al Apóstol para hacer una magnífica catequesis sobre la pureza. Comienza diciendo:

«El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor; y el Señor para el cuerpo. Dios, con su poder, resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?».

Tomamos el diseño para hacer igualmente nosotros una pequeña catequesis sobre este aspecto delicado de la vida cristiana. En el mundo de hoy, hablar de la pureza ya de partida puede parecer una batalla perdida. Pero, precisamente frente a esta mentalidad cesante y resignada ante el mal, es por lo que el Evangelio nos empuja a reaccionar. Quizás, Jesús nos conoce mejor que nosotros y sabe lo que, especialmente en los jóvenes, hay en el fondo del corazón humano: un secreto anhelo, una nostalgia de pureza, que ningún barro puede recubrir del todo. «La castidad, decía el poeta Tagore, es una riqueza, que proviene de la abundancia del amor, no de la falta de él».

Quizás quienes están en mejor disposición de entender el discurso sobre la pureza son precisamente los verdaderos enamorados. El sexo llega a ser «impuro» cuando reduce al otro (o al propio cuerpo) a un objeto, a una cosa; pero, esto es asimismo lo que un verdadero amor rechazará hacer. Muchos de los excesos en este campo tienen en la actualidad algo de artificial, son debidos a imposición externa, dictada por razones comerciales y de consumo. No son del todo, como se quiere hacer creer, una «evolución espontánea de las costumbres».

Una de las excusas, que en la mentalidad común más contribuyen a favorecer el pecado de impureza y a descargarlo de toda responsabilidad, es señalar que ello no hace mal a nadie, que no viola los derechos y la libertad de los demás, a no ser, se dice, que se trate de un estupro o de una violencia. Pero, no es verdad que el pecado de impureza termine con quien lo comete. Cada abuso, de dónde y por quién venga cometido, contamina el ambiente moral del hombre, produce una erosión de los valores y crea lo que Pablo define la «ley del pecado» y de la que ilustra el terrible poder de arrastrar a los hombres a la ruina (cfr. Romanos 7, 14ss.). La primera víctima de todo esto es la familia.

En el Talmud hebreo se lee una fábula, que ilustra bien la solidaridad que hay en el mal y el daño que todo pecado, también el personal, introduce en la sociedad: «Algunas personas se encontraban a bordo de una barca. Una de ellas tomó un taladro y comenzó a hacer un agujero por debajo de donde estaba él. Los otros pasajeros, viéndolo, le dijeron aterrorizados: ¿Qué haces? Él respondió: ¿Qué os importa a vosotros? Estoy haciendo un agujero debajo de mi asiento, ¡no sobre el vuestro! Sí, replicaron los demás, pero el agua entrará en la barca y ¡nos hundiremos todos!»

Fenómenos tan solicitados, como la explotación de menores, el estupro y la pedofilia, no nacen de la nada. Son, al menos en parte, el resultado del clima de desesperada excitación en que viven y en el que sucumben los más frágiles. No era fácil, una vez que se puso en movimiento, parar la avalancha de barro, que tiempo atrás se abatió, destruyéndolos, sobre algunos pueblos de la

Campania (Italia). Era necesario poder evitar el desbordamiento y otros deterioros ambientales, que han hecho inevitable el desplome. Lo mismo vale para ciertas tragedias con trasfondo sexual. Destruídas las defensas naturales, llegan a ser inevitables. Yo permanezco siempre desconcertado al ver rasgarse las vestiduras en ciertos medios de comunicación social cuando acontecen estos hechos, sin darse cuenta de la parte de responsabilidad, que tienen también ellos por lo que dicen o muestran en otras partes del mismo periódico o telenoticias.

Pero, no quiero dilatar demasiado tiempo en describir la situación en la actualidad en torno a nosotros, que, por lo demás, todos conocemos bien. Veamos en términos positivos qué dice el Apóstol sobre la pureza en el fragmento de hoy:

«¿O es que no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo? Él habita en vosotros porque lo habéis recibido de Dios. No os poseéis en propiedad, porque os han comprado pagando un precio por vosotros. Por tanto, ¡glorificad a Dios con vuestro cuerpo!»

La motivación pagana de la pureza, en cierto sentido, está como vuelta al revés. Para los filósofos del tiempo, Estoicos y Epicúreos, era necesario evitar el vicio impuro para no perder el control y el dominio de sí y sucumbir como esclavos de las pasiones; aquí es necesario respetar el cuerpo, porque no se tiene «el dominio» de sí, porque el cuerpo no nos pertenece, sino que es del Señor, que lo ha vuelto a comprar a precio costoso. La finalidad de la pureza es mucho más noble y está ligada a la dignidad del cuerpo mismo; éste se nos ha dado para glorificar a Dios de uno o de otro modo posible: o con el matrimonio y el amor fecundo o con la consagración a Dios en la virginidad.

Veamos qué valor pueden obtener de esto los creyentes y todas las personas honestas, preocupadas por la suerte de la familia y de la sociedad. Hoy ya no basta más una pureza hecha con miedos, tabúes, prohibiciones, de fuga recíproca entre el hombre y la mujer, como si cada uno de los dos fuese siempre y necesariamente una zancadilla para el otro y un potencial enemigo, más que, como dice la Biblia, «una ayuda» (Génesis 2, 18). La misma organización moderna de la vida social con la promiscuidad, que comporta cada sector de la vida, hace superficiales estas defensas. Es necesario hacer palanca sobre las defensas no ya más externas sino internas, basadas sobre convicciones personales. Se debe cultivar la pureza por sí misma, por el valor positivo que representa para la persona y no sólo por los infortunios de salud o de honra, a la que se expone su violación.

Y veamos qué puede procurar de hermoso y positivo la pureza al hombre y a la mujer en los varios estados de la vida. El esfuerzo por mantenerse puro permite al adolescente aplicarse más seriamente a los estudios, sin desechar sus energías en costumbres, que lo recluyen en sí mismo, o en aventuras, que terminan por hacerla cínico e incapaz de ideales y de amor verdadero. Permite vivir y gozar en cualquier edad de la vida, sin quemar ninguna. Crea el espacio oportuno para descubrir la experiencia de otros tipos de amor, como el de la amistad, tan importante en la vida de la persona.

Ha sido dirigida a un grupo de adolescentes la pregunta de si ellos creían posible e importante a su edad una amistad entre chicos y chicas, que no se transformase de inmediato en cualquier otra cosa. Uno de ellos ha respondido: «Sí, creo en una tal amistad, porque la estoy viviendo. ¿Por qué no la transformamos de inmediato en el “gran amor”? No nos parece que valga la pena poner término a una amistad tan hermosa y profunda por el clásico nivel entre adolescentes; y, después, no creo que a los dieciséis años se tenga el derecho de dejar la adolescencia definitivamente a las espaldas». Tenía razón. Una amistad entre jovencísimos, vivida a la luz del sol, ayuda a descubrir los lados más bellos y más secretos de la psicología del otro, cura del miedo y de la desconfianza hacia el otro sexo, acostumbra al diálogo, mucho más que un circuito corto a dos, que supone ya resueltos muchos de

estos problemas. Cuando llegue el gran amor, con la misma u otra persona, permitirá vivirlo con más intensidad y madurez.

En cuanto a los novios, el esfuerzo común por la pureza permite crecer en aquel amor, hecho de respeto recíproco y de capacidad de espera, que un día podrá él solo garantizar el éxito de su matrimonio. Permite apreciar gestos sencillos como un estrecharse la mano, una mirada, un beso; gestos que para los demás pueden parecer banal es, pero que adquieren, por el contrario, un valor grandísimo en este caso.

Para los casados, la pureza, que ahora se llama fidelidad, permite mirarse a los ojos cada tarde, sin tener que mentir; mirar a los propios hijos sin remordimientos; permite tener el corazón en la familia y no en otra parte. Evita terminar con la doble vida llena de falsedades, a la que casi siempre condenan el adulterio y la traición.

A las personas consagradas, sacerdotes y monjas, la pureza permite ser hermanos y hermanas de todos sin querer poseer en exclusiva para nosotros mismos a nadie. Permite estar aparte de todo secreto y de acercarse a cada miseria sin permanecer personalmente enviscados; permite, como decía el gran Lacordaire, tener «un corazón de acero para la castidad y un corazón de carne para la caridad».

A todos, en fin, jóvenes, casados y consagrados, la pureza asegura lo más precioso que hay en el mundo: la posibilidad de acercarse a Dios. «Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mateo 5, 8). No lo verán sólo un día, después de la muerte, sino ya desde ahora. Lo verán en la belleza de lo creado, de un rostro, de una obra de arte; lo verán en su mismo corazón.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

Conocer y seguir a Jesús

El Espíritu Santo, Espíritu de Dios, Espíritu de la verdad, Segunda Persona de la Santísima Trinidad, habla a través de los profetas, y ha revelado al Cordero de Dios a través de la boca de Juan el Bautista, confirmando lo que Él mismo decía: “no soy yo el Mesías, hay uno que viene detrás de mí a quien no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias”.

El que busca a Jesús reconociéndolo como el Hijo de Dios, siempre lo encuentra. El que encuentra a Jesús y lo sigue, recibe la gracia de conocerlo y de permanecer con Él para siempre.

Él les concede el poder llegar a ser hijos de Dios y volver a la casa del Padre, en donde Él mismo les prepara un lugar para que vivan por Él, con Él y en Él, eternamente.

Quien conoce a Jesús y lo sigue siente la necesidad de compartir su alegría y darlo a conocer a los demás, para que también lo sigan.

El que conoce a Jesús y lo sigue tiene el compromiso de conocer su voluntad, para cumplirla y servirlo.

Quien recibe la gracia de conocer cuál es la voluntad de Dios para él, para qué ha nacido, quién es él, y se decide a cumplir con su misión, vive en una constante paz, con la certeza de caminar en el camino correcto que lo dirige hacia la santidad.

Permanece tú bien dispuesto a escuchar el llamado del Señor, y dile: “aquí estoy, ¿para qué me has llamado?, dime Señor cuál es tu voluntad”.

Y si no lo escucharas con claridad, pregunta una y otra vez, en el silencio de tu oración, atento a lo que el Espíritu Santo le dice a tu corazón. Ten la seguridad de que sabrás cuál es tu misión y se te darán los medios para cumplirla, porque es para eso que te llama el Señor. Vivirás con Él y Él contigo, y si eres dócil, el Espíritu Santo hablará a través de tu boca, revelando al Cordero de Dios, para que otros también lo conozcan, lo sigan, lo sirvan y reciban su paz.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Vivir para la voluntad de Dios

A la vuelta de muchos años, Juan, Apóstol y Evangelista de Nuestro Señor, evoca el momento preciso en que, animado por el Bautista y en compañía de Andrés, conoce a Jesús. Los varios detalles, bien precisos, de lugar y de tiempo que concretan la escena, nos indican que el acontecimiento fue decisivo para el narrador: **al día siguiente...; era más o menos la hora décima...; Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús...**

Con frecuencia debió meditar Juan –como paladeando– en las circunstancias de aquel encuentro, que había sido para él el comienzo de una insospechada riqueza. Toda una larga vida separaba este día primero de Juan con Jesús de la escritura de su Evangelio. Una vida que, siendo propia de Juan, jovencísimo pescador entonces del lago de Tiberíades, en buena medida sería, ya para siempre, asimismo divina: de ahí, el inefable valor de su existencia.

En ocasiones, los diversos acontecimientos que se sucedan en nuestra vida podrían parecernos consecuencia de la casualidad, del azar o, en todo caso, de circunstancias en las que nos hemos encontrado sin nuestra decisión. La fortuna, pues –la buena o la mala suerte, solemos decir–, jugaría un papel decisivo en la existencia de toda persona. No es, sin embargo, la vida del hombre un conjunto de eventos que suceden a impulsos de la suerte. No habría, entonces, libertad y el concepto “responsabilidad” carecería absolutamente de sentido.

Todo en el mundo, y de modo muy particular la persona humana, está bajo el gobierno de Dios Creador. Creador y Providente, que domina en cada criatura según su naturaleza. A las criaturas libres, como los hombres, respetando su libertad, pues, de otro modo no seríamos hombres. Las criaturas irracionales, en cambio, se someten sin más al poder divino. Por así decir, no se le escapa a Dios el mundo de las manos. Por consiguiente, la vida de los hombres en su tránsito por este mundo es consecuencia de la voluntad divina y la voluntad humana. Una voluntad divina que quiere mantenernos como sujetos libres, a la vez que ha determinado, sin intervención nuestra, tantas circunstancias de la existencia de cada uno; desde nuestro género y raza, hasta un concreto momento de la historia en que vivimos.

Estaba en los planes de Dios ese **fijándose en Jesús que pasaba, dijo:**

—**Éste es el Cordero de Dios.** Pero muy bien pudieron quedarse ambos discípulos de Juan el Bautista pasivamente tranquilos. El deseo de seguirle –**se quedaron con él aquel día**– y, sobre todo, la fidelidad de toda una vida al servicio de Dios, fieles al mandato de ese mismo Jesús, es –con el auxilio divino– fruto de la humana libertad.

—**Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas –que significa: «Piedra».** Con estas palabras recibe el Señor a Pedro. Le hace conocedor, en cierta medida, de su vocación. Como sabemos, Jesús manifestará a Pedro, en otras ocasiones y con más precisión, la misión capital a la que ha sido destinado. La voluntad de Dios va por delante y cada uno cumplimos libremente esa

voluntad sí, de hecho, ajustamos a ella nuestra vida. ¿Qué agradará más a Dios en este momento? Y, entre en las diversas opciones, deseamos –con libertad– escoger la que cumple mejor, según nuestro entender, el querer divino.

No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De este modo se expresa Jesús ante los discípulos. Respondieron, sí. Pero una elección divina, que antecede a toda respuesta de la criatura, hace posible, más aún, garantiza el cumplimiento de la misión, si se mantiene innegable la fidelidad. ¡Qué admirable prodigio!: tener la ocasión de ser los protagonistas de un querer de Dios. Verdadera identificación con su voluntad y, en consecuencia, con su poder y eficacia. Poco importa que se trate de cuestiones menudas, si las llevamos a cabo como Dios manda y porque Él lo quiere. La eficacia y la potencia descomunal de Dios no precisan, para manifestarse, de grandes gestiones por nuestra parte.

De que tú y yo nos portemos como Dios quiere —no lo olvides— dependen muchas cosas grandes. San Josemaría lo tenía muy claro. Hablaba, incluso, de *darle la vuelta al mundo como a un calcetín*, si santificamos la vida corriente. Ese quehacer de todos los días, por poco extraordinario que sea, nos puede y nos debe unir con Dios, y tiene en sí toda la fuerza de su omnipotencia. Qué gran cosa es saber descubrir su voluntad –¡y su amor!– hasta en lo que parece más intrascendente de nuestras jornadas.

Santa María, Virgen fiel. Desde el anuncio del Ángel hasta la Cruz, sólo quiere ser la esclava del Señor: la que obedece, la que cumple su voluntad por antonomasia. Al Espíritu Santo suplicamos nos conceda visión sobrenatural para saber descubrir, como Santa María –a cada paso– la voluntad de Nuestro Señor.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

Discípulos de Jesús de Nazaret

El Evangelio que acabamos de escuchar parece carecer de grandes hechos y de grandes enseñanzas. Tiene sólo abundancia de nombres, muchos nombres: Juan Bautista, Andrés, Simón Pedro y, avanzando en la lectura, Felipe, Natanael. Sin embargo, ¡qué fuerza emana del breve relato! Jesús hace sus primeros discípulos; comienza una fase nueva de su vida.

También en la primera lectura escuchamos el relato del llamado de un hombre –Samuel– por parte de Dios. Pero aquí es distinto; aquí sentimos que la cosa nos toca de cerca; es la primicia de un llamado que llegó también a nosotros porque también nosotros somos discípulos de Jesús de Nazaret. Hoy estamos invitados a realizar, como aquellos dos primeros discípulos, el jubiloso descubrimiento de Jesús en su calidad de nuestro Maestro.

Fue muy simple ese primer encuentro del cual debían nacer nada menos que el colegio apostólico y la Iglesia: Maestro, ¿dónde vives? Vengan y lo verán. Fueron –escribe el evangelista Juan, que se contaba entre los presentes– y estuvieron junto a él todo aquel día. Lo que dijeron, no lo sabemos; sabemos sí que decidieron permanecer con él toda la vida. Aún más, no se contentaron con permanecer con él ellos solos y de conservar para ellos el llamado: Andrés corrió a decírselo a Simón, su hermano; Felipe, a Natanael: *Hemos hallado a aquel de quien se habla en la Ley de Moisés y en los Profetas* (Jn 1, 45). También Juan corrió a decírselo a alguien porque, a continuación, encontramos con él a su hermano Santiago.

Los discípulos hacen discípulos; con entusiasmo incontenible cuentan su descubrimiento a los otros. Estos hombres lo siguieron durante toda la vida; bebieron el cáliz del Señor y se convirtieron en sus amigos. Un evangelista (cfr. Mc 1, 16ss.) nos cuenta cómo, al poco tiempo, ellos abandonaron su oficio de pescadores, se despidieron del padre o de la esposa y siguieron a Jesús. El apelativo de “discípulos de Jesús” se convirtió para ellos en una nueva identidad personal, como una nueva filiación y una nueva profesión que sustituyeron a aquellas de hijo de Zebedeo, celote, publicano, pescador, etc. Una identidad que día a día se hacía más peligrosa y comprometida hasta llegar a ser un cargo de acusación: “¡Tú eres uno de sus discípulos!”, “¡Tú estabas con Jesús de Nazaret!”. Así nace la figura del discípulo que obra “secretamente, por temor a los judíos” (Jn. 19, 38), la figura del discípulo que va al encuentro de Jesús en la noche, como Nicodemo, por miedo a comprometerse (Cfr. Jn. 3, 1).

Pero, junto a esta figura, brilla con más luz la figura del discípulo-testigo, hasta llegar a la de aquel que ofrece el testimonio supremo: el martirio. Los apóstoles frente al Sanedrín: *Nosotros no podemos callar lo que hemos visto y oído* (Hech 4, 20). Es una figura que nunca se desvanecerá. Son conmovedoras algunas voces de mártires. El procónsul exhorta a Policarpo –un discípulo de Juan– con las palabras: “Jura y te liberaré; insulta a Cristo”. Respondió Policarpo: “Hace ochenta y seis años que lo sirvo y nunca me hizo daño (como decir: nunca me desilusionó); no podría blasfemar contra mi rey y salvador... Te ilusionas si quieres que jure sobre la fortuna de César, si finges no saber quién soy; escucha lo que te digo con franqueza: soy discípulo de Cristo”. Un heraldo recorre entonces el estadio mientras grita tres veces: “Policarpo confirmó que es discípulo de Cristo”. Poco después, el obispo moría en la hoguera con esta oración en los labios: “Señor, Dios omnipotente, te bendigo porque me has hecho digno de ser contado entre los testigos y de compartir el cáliz de tu Cristo” (Martirio de san Policarpo). Entre los mártires de Lyon del 177 había uno llamado Santo. Los verdugos lo torturaban para arrancarle alguna frase comprometedora, pero no lograban hacerle decir ni su nombre, ni el de su ciudad o nación, ni si era esclavo o libre. Escribe el cronista de la época: “A todas las preguntas contestaba en latín: soy discípulo de Cristo (*christianus sum*). Ése era su nombre, su ciudad, su estirpe, su todo” (Eusebio, *Historia de la Iglesia* V, 1, 1-2).

Otra característica del discípulo de Jesús que aparece con toda nitidez en la Iglesia primitiva es la de la imitación, o mejor dicho, la del seguimiento del Maestro. También ella encuentra su punto culminante en el martirio. El mártir san Ignacio de Antioquía formuló este programa como un “ir hacia Cristo”, un alcanzar a Cristo. La imagen le es sugerida por su propia situación; él está yendo de Antioquía de Siria a Roma para ser arrojado a las fieras en el anfiteatro Flavio. En esa marcha de oriente a occidente, su viaje se le aparece como el del sol que se dirige hacia el poniente para volver a resurgir siempre: “Es hermoso –dice– ir a la desaparición en Dios para encontrarme después con Cristo”. Es una página que no puede leerse sin estremecerse de emoción: “Perdónenme, hermanos, yo sé lo que me conviene; ahora comienzo a ser un verdadero discípulo de Jesús; que ninguna cosa visible o invisible me impida llegar a Jesucristo: el fuego, la cruz, los animales feroces y los dolores atroces, las heridas, los desgarros, las luxaciones, las mutilaciones, la trituration de todo el cuerpo, los tormentos más malvados del demonio caigan sobre mí a fin de que pueda llegar a Jesucristo. Yo busco a aquel que murió por nosotros; es a él a quien quiero, a él que resucitó para nosotros” (*Carta a los romanos*, 5).

Estas voces de la Iglesia naciente nos demuestran qué significaba para los primeros cristianos ser discípulos de Jesús. En ellas podemos descubrir el contenido genuino de este título que expresa nuestra verdadera identidad, y aún más, el significado originario del nombre de “cristiano”: en Antioquía –relatan los *Hechos de los Apóstoles*– los discípulos recibieron por primera vez el nombre

de cristianos (cfr. Hech 11, 26), es decir, las autoridades los llamaron oficialmente “seguidores de Cristo”.

También hoy, ser discípulos de Jesús de Nazaret significa esencialmente dos cosas: primera, imitar a Cristo, en el sentido en que lo entiende el Evangelio: de seguirlo y de aprender de él, sobre todo, de aprender a hacer la voluntad del Padre; segunda, ser testigo de Cristo, decirle al mundo quién es él, qué es y qué fue para nosotros, hacer otros discípulos. Todo esto comenzando por la propia casa; las primeras personas a quienes Andrés y Juan comunicaron su descubrimiento fueron sus propios hermanos, ¡no se avergonzaron de hablar de Jesús en su casa! Los relatos acerca de las primeras conversiones, en los Hechos de los Apóstoles, terminan a menudo con las mismas palabras: “Y creyó él con todos los de su casa”.

Podríamos desarrollar con mayor amplitud el tema de las riquezas y las implicaciones de este programa de imitadores de Cristo y de testigos de Cristo (¡de testigos en cuanto imitadores!). San Pablo, en la segunda lectura, nos recordó un ámbito de la vida en el cual los discípulos de Jesús son llamados a dar su testimonio evangélico: el del dominio de sí y del recto orden en la vida sexual, puesto que –dice– nuestro cuerpo pertenece al Señor, está destinado a la resurrección y, por lo tanto, no nos ha sido dado para hacer de él un instrumento de placer como fin en sí mismo.

Pero hoy no me he propuesto tanto indicar los contenidos y los diversos deberes vinculados con la profesión cristiana, me he propuesto más bien reavivar o encender en nosotros un estado de ánimo, el sentido verdadero de un pertenecer: ¡redescubrirnos discípulos de Jesús de Nazaret! Cuando escuchamos en el Evangelio: “Dijo Jesús a sus discípulos...”, debemos sobresaltarnos como quien ha sido llamado por su nombre y decimos a nosotros mismos: ¡Ése soy yo; se habla de mí; se habla a mí; *tua res agitur!*

¡Qué programa para nosotros! Poder ser reconocidos a primera vista como discípulos de Jesús de Nazaret. Que quien nos ve y nos conoce pueda decir, como le dijeron a Pedro: “¿No eres tú también uno de sus discípulos?” (cfr. Jn 18, 25); “Seguro que tú también eres uno de ellos; hasta tu acento te traiciona” (cfr. Mt. 26, 73). Mejor aún si se puede agregar: ¡lo hace manifiesto tu modo de vivir!, puesto que como decía también el mártir san Ignacio: “Es mejor ser cristiano sin decirlo, que decirlo sin serlo” (*Carta a los efesios*, 15, 1).

Jesús espera y se merece tales discípulos. A esos discípulos les da su fuerza y su amor; ya no los llama servidores sino amigos, a ellos les promete su compañía en la eternidad: *Padre, quiero que los que tú me diste estén conmigo donde yo esté, para que contemplen la gloria que me has dado* (Jn. 17, 24). Hoy, como cuando Jesús estaba vivo, resulta comprometedor hacerse reconocer como discípulos. También hoy existe el peligro, en ciertos ambientes, de ser “echados de la sinagoga”, es decir, de ser boicoteados, señalados con el dedo o considerados personas con una psicología enferma.

El proceso a Jesús continúa ante el gran sanedrín del mundo. También hoy, el mundo interroga a Jesús acerca de sus discípulos (Jn 18, 19). Pero interroga también a los discípulos acerca de Jesús. ¡Ay si contestamos: No lo conozco! porque, en ese caso, también él un día estará obligado a decirnos: *No los conozco* (Mt 25, 12).

Jesús no nos deja solos en esta difícil tarea de ser sus discípulos y sus testigos. Justamente ahora, en la Eucaristía, después de habernos despertado de nuevo para esta misión, él viene a quedarse junto a nosotros, a sostenernos con su pan; ya se prepara para servirnos en su mesa. *Magister adest: ¡el Maestro está aquí!* (Jn 11, 28).

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia romana de Santa M^a Liberadora (14-I-1979)

– La vocación de los Apóstoles

Hemos escuchado la palabra de Dios en la liturgia de hoy, que nos habla con el lenguaje del libro de Samuel, de la Carta de San Pablo a los Corintios y del Evangelio de San Juan. A pesar que estos lenguajes que hemos oído sean muy diversos, la Palabra de Dios en este domingo nos habla de un tema: “la vocación”, la “llamada”. Esto se acentúa en la descripción contenida en el libro de Samuel: Dios llama por su nombre a un joven; lo llama con voz perceptible, pronunciando su nombre. Samuel oye la voz y despierta tres veces del sueño, y por tres veces no logra comprender de quién es la voz que lo llama por su nombre. Sólo la cuarta vez, aleccionado por Helí, da una respuesta oportuna: “Habla Yavé, que tu siervo escucha” (1 Sam 3,9).

Este pasaje del libro de Samuel nos permite comprender más a fondo la vocación de los primeros Apóstoles: de Andrés y de Pedro, llamados por Jesucristo. También ellos aceptan la llamada, siguen a Jesús; primero Andrés que anuncia a su hermano: “Hemos hallado al Mesías”; luego, a su vez, Simón, a quien Jesús, en este primer encuentro, predice su nuevo nombre: “Cefas” (“que quiere decir Pedro”, Jn 1,42).

– La vida humana como vocación

Cuando seguimos después el pensamiento que expone San Pablo en su Carta a los Corintios, nuestro tema parece abrirse a una dimensión ulterior. El Apóstol escribe a los destinatarios de su Carta: “¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis? Habéis sido comprados a gran precio” (1 Cor 6,19-20).

Dios que llama al hombre a su servicio y le asigna una tarea, tiene sobre él el derecho fundamental, porque es Creador y Redentor de cada uno de nosotros. Si nos llama, si nos invita a seguir un determinado camino, lo hace para que no desvirtuemos su obra, para que respondamos con nuestra misma vida al don que recibimos de Él, para que vivamos de manera digna del hombre que es “templo de Dios”, para que seamos capaces de cumplir el deber particular que quiere confiarnos.

– La parroquia, lugar de la llamada divina

La parroquia, que es –según afirma el Concilio Vaticano II– “como la célula” de la diócesis (cf. *Apostolicam actuositatem*, 10), es precisamente el ambiente en el que el cristiano debe sentir la llamada que le dirige Dios, acogerla y realizarla: y en esto le ayudan ciertamente la fe y la vida de fe de toda la vida parroquial. Vida de fe que comienza en la familia, inserta dinámicamente en la parroquia, y que se desarrolla desde el bautismo hasta el encuentro con Cristo en la muerte, siguiendo el principio de estrecha colaboración entre familia y parroquia, que cooperan conjuntamente a la formación del cristiano consciente y maduro.

He aquí, pues, la necesidad insuprimible de la catequesis parroquial, que integra y completa la enseñanza de la religión impartida en la escuela, y vincula los conocimientos religiosos con la vida sacramental.

Exactamente en este contexto, cada uno de los feligreses –especialmente si son jóvenes– deben hacerse, con plena conciencia, la pregunta fundamental de su propia existencia cristiana: “¿A qué me llama Dios?” Podrá ser la llamada a una determinada profesión puesta al servicio de los otros

y de la sociedad, como médico, maestro, abogado, profesional, obrero...; o la vocación a la vida familiar, mediante el sacramento del matrimonio; o, para algunos, la llamada al servicio exclusivo de Dios, como –nos lo recuerda la liturgia de hoy- sucedió a Samuel, Andrés, Simón. Pero toda la vida del hombre cristiano, fruto del amor infinito de Dios Padre, es una “vocación”, que abraza las diversas etapas de la existencia y da sentido a las diversas situaciones, incluso al sufrimiento, a la enfermedad, a la vejez. Siempre y en todas las circunstancias, el cristiano debe saber repetir, con fe y convicción, las palabras del joven Samuel: “Habla, Yavé, que tu siervo escucha” (1 Sam 3,9).

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

“Hemos encontrado al Mesías”, dice Andrés a su hermano Simón Pedro. Se trasluce en este primer encuentro de Jesús con los que serán sus discípulos ese algo primaveral y radiante que tiene el perfume de lo que se custodia como algo entrañable y, al propio tiempo, se comunica porque la alegría por un hallazgo así no cabe en un corazón sólo. ¿Cómo guardar para sí semejante descubrimiento? Enseguida se desencadena un proselitismo en el que la alegría de un hallazgo actúa por contagio. Dios se vale de los lazos de sangre o de amistad para llamar a sus colaboradores.

La amistad cristiana puede abrir la puerta del corazón de nuestros amigos, a ese Cristo que tal vez no puede entrar porque la cancela de los prejuicios los mantiene reclusos en la cárcel de la ignorancia, la reserva mental, la confusión doctrinal o una incurable pereza. La amistad es el cauce natural y divino para un apostolado hondo, capilar, hecho uno a uno, persona a persona.

¡Cuántos prejuicios contra la Iglesia, sus Sacramentos, su moral y su culto, podríamos alejar de la cabeza y el corazón de nuestros amigos! A cuántos podríamos decirles, en el cálido dédalo de la amistad: ¿quién te ha dicho que estas cosas son inoperantes en nuestro mundo y tan sólo tienen un poder tonificante en las horas yermas, solitarias o crepusculares de la vida? Es más. A ninguno se nos oculta, por evidente, que hay cosas que sólo se admiten cuando se tratan en ese clima entrañable que la amistad crea; y que, igualmente, hay asuntos por corregir o mejorar en los demás que sólo el amigo, con su trato delicado y oportuno, puede señalar.

El Señor nos convoca a todos, de una forma o de otra, a una edad u otra. A veces lo hará a una edad temprana, como en el caso de Samuel que nos refiere la 1ª Lectura de hoy; en otras ocasiones al inicio de la madurez de la vida, como en el caso de Simón Pedro, de Juan y los otros dos discípulos. En cualquier ocasión hay que responder a esa llamada con la alegría estremecida que respira esta página del Evangelio de hoy.

Jesús pasa hoy también a nuestro lado; también en esta celebración. Pasa cuando una sacerdote, un amigo, un buen libro, unos días de recogimiento y oración, nos lo señalan como Juan Bautista se lo mostró a sus discípulos. También pasa al lado de los que en la vida queremos cuando hacemos eco de sus enseñanzas con una conversación oportuna y el ejemplo de una vida cristiana que lucha por ser coherente. ¡Cuántas ocasiones en la vida de familia, en nuestro lugar de trabajo, en la calle, para prestar una ayuda espiritual a nuestros hermanos! Sí, Jesús se hace el contradicho con nuestros amigos a través de nosotros cuando no rehuimos la conversación sobre temas espirituales, y ese diálogo espontáneo y sincero puede constituir para muchos el comienzo de un vivir distinto.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“¿Dónde vives? Venid y lo veréis”

1 S 3,3b-10.19: “Habla, Señor, que tu siervo te escucha”

Sal 39,2 y 4ab.7.8-9.10: “Aquí estoy Señor para hacer tu voluntad”

1 Co 6,13c-15a.17-20: “Vuestros cuerpos son miembros de Cristo”

Jn 1,35-42: “Vieron dónde vivía y se quedaron con él”

Samuel, consagrado desde el vientre de su madre para el servicio de Dios, recibe ahora el llamamiento. El “sueño” o la “visión” es un recurso literario de una verdadera vocación de la que Samuel es plenamente consciente.

A san Pedro se le cambia el nombre. Cambiar el nombre quería decir la adopción de un nuevo estilo de vida. San Marcos habla del cambio del nombre de Simón por el de Pedro.

El llamamiento a los discípulos es una verdadera teología de la vocación. La iniciativa es de Jesús. Luego vienen las preguntas. Y después las respuestas, que son a la vez fórmulas de búsqueda, de inquietud, de afán de encuentro.

La palabra “prestaciones”, tan usada en el mundo de la técnica como indicativa de lo que nos proporciona un objeto, delata que el hombre de hoy busca ante todo respuestas a lo que quiere y busca. Y la carrera hoy está establecida para otorgar al usuario lo mejor y lo más pronto posible. ¿Y si alguien nos hiciera preguntas por respuesta? ¿Y si nos hicieran preguntarnos por nosotros mismos cuando tratamos de saber algo de otro? Cuando en el campo religioso al hombre se le ofrecen preguntas en lugar de contestaciones se siente defraudado. Esa iniciativa siempre es de Dios.

– “Las llaves del Reino”:

“Desde el comienzo de su vida pública Jesús eligió unos hombres en número de doce para estar con Él y participar en su misión; les hizo partícipes de su autoridad «y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar» (Lc 9,2). Ellos permanecen para siempre asociados al Reino de Cristo porque por medio de ellos dirige su Iglesia” (551).

– El apostolado:

“Toda la Iglesia es apostólica mientras permanezca, a través de los sucesores de san Pedro y de los apóstoles, en comunión de fe y de vida con su origen. Toda la Iglesia es apostólica en cuanto que ella es «enviada» al mundo entero; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, tienen parte en este envío. «La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado». Se llama «apostolado» a «toda la actividad del Cuerpo Místico» que tiende a «propagar el Reino de Cristo por toda la tierra» (AA 2)” (863).

– “Esta vocación a la vida eterna es sobrenatural. Depende enteramente de la iniciativa gratuita de Dios, porque sólo Él puede revelarse y darse a sí mismo. Sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana, como de toda criatura” (1998).

– “Ciertamente nosotros trabajamos también, pero no hacemos más que trabajar con Dios que trabaja. Porque su misericordia se nos adelantó para que fuésemos curados; nos sigue todavía para que, una vez curados, seamos vivificados; se nos adelanta para que seamos llamados, nos sigue para que seamos glorificados; se nos adelanta para que vivamos según la piedad, nos sigue para que vivamos por siempre con Dios, pues sin Él no podemos hacer nada (San Agustín, *nat. et grat.* 31)” (2001).

El llamamiento de Cristo es siempre a recorrer caminos. No es a la simple aventura, porque Él los ha recorrido primero y ha dejado marcadas las huellas.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Pureza y vida cristiana.

– La santa pureza, condición indispensable para amar a Dios y para el apostolado.

I. Pasadas las fiestas de Navidad, en las que hemos considerado principalmente los misterios de la vida oculta del Señor, vamos a contemplar en este tiempo, de la mano de la liturgia, los años de su vida pública. Desde el comienzo de su misión vemos a Jesús buscando a sus discípulos y llamándolos a su servicio, como hizo Yahvé en épocas anteriores, según nos muestra la *Primera lectura* de la Misa, en la que se nos narra la vocación de Samuel¹¹. El Evangelio nos señala cómo el Señor se hace encontradizo con aquellos tres primeros discípulos, que serían más tarde fundamento de su Iglesia¹²: Pedro, Juan y Santiago.

Seguir a Cristo, entonces y ahora, significa entregar el corazón, lo más íntimo y profundo de nuestro ser, y nuestra misma vida. Se entiende bien que para seguir al Señor sea necesario guardar la santa pureza y purificar el corazón. Nos lo dice San Pablo en la *Segunda lectura*¹³: *Huid de la fornicación... ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? Habéis sido comprados mediante un gran precio. Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo*. Nadie como la Iglesia ha enseñado jamás la dignidad del cuerpo. “La pureza es gloria del cuerpo humano ante Dios. Es la gloria de Dios en el cuerpo humano”¹⁴.

La castidad, fuera o dentro del matrimonio, según el estado y la peculiar vocación recibida, es absolutamente necesaria para seguir a Cristo y exige, junto a la gracia de Dios, la lucha y el esfuerzo personal. Las heridas del pecado original (en la inteligencia, en la voluntad, en las pasiones y afectos) no desaparecieron con él cuando fuimos bautizados; por el contrario, introduce un principio de desorden en la naturaleza: el alma, en formas muy diversas, tiende a rebelarse contra Dios, y el cuerpo contra la sujeción al alma, los pecados personales remueven el mal fondo que dejó el pecado de origen y abren las heridas que causó en el alma.

La santa pureza, parte de la virtud de la templanza, nos inclina prontamente y con alegría a moderar el uso de la facultad generativa, según la luz de la razón ayudada por la fe¹⁵. Lo contrario es la *lujuria*, que destruye la dignidad del hombre, debilita la voluntad hacia el bien y entorpece el entendimiento para conocer y amar a Dios, y también para las cosas humanas rectas. Frecuentemente, la impureza lleva consigo una fuerte carga de egoísmo, y sitúa a la persona en posiciones cercanas a la violencia y a la crueldad; si no se le pone remedio, hace perder el sentido de lo divino y trascendente, pues un corazón impuro no ve a Cristo que pasa y llama; queda ciego para lo que realmente importa.

Los actos de renuncia (“no mirar”, “no hacer”, “no desear”, “no imaginar”), aunque sean imprescindibles, no lo son todo en la castidad; la esencia de la castidad es el amor: es delicadeza y ternura con Dios, y respeto hacia las personas, a quienes se ve como hijos de Dios. La impureza

¹¹ Cfr. 1 Sam 3, 3-10; 19.

¹² Cfr. Jn 1, 35-42.

¹³ Cfr. 1 Cor 6, 13-15; 17-20.

¹⁴ SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general* 18-III-1981.

¹⁵ Cfr. SANTO TOMAS, *Suma Teológica*, 2-2, q. 151, a. 2, ad 1.

destruye el amor, también el humano, mientras que la castidad *mantiene la juventud del amor en cualquier estado de vida*¹⁶.

La pureza es requisito indispensable para amar. Aunque no es la primera ni la más importante de las virtudes, ni la vida cristiana se puede reducir a ella, sin embargo, sin castidad no hay caridad, y es ésta la primera virtud y la que da su perfección y el fundamento a todas las demás¹⁷.

Los primeros cristianos, a quienes San Pablo dice que han de glorificar a Dios en su cuerpo, estaban rodeados de un clima de corrupción, y muchos de ellos provenían de ese ambiente. *No os engañéis -les decía el Apóstol-. Ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros... heredarán el reino de Dios. Y eso fuisteis alguno de vosotros...*¹⁸ A éstos les señala San Pablo que han de vivir con esmero esta virtud poco valorada, incluso despreciada en aquellos momentos y en aquella cultura. Cada uno de ellos ha de ser un ejemplo vivo de la fe en Cristo que llevan en el corazón y de la riqueza espiritual de la que son portadores. Lo mismo nosotros.

– Necesidad de una buena formación para vivir esta virtud. Diversos campos en los que crece la castidad.

II. Debemos tener la convicción firme de que la santa pureza se puede vivir siempre, aunque sea muy fuerte la presión contraria, si se ponen los medios que nos da Dios para vencer y se evitan las ocasiones de peligro.

Para vivirla, es indispensable tener una buena formación, tratando esta materia con finura y sentido sobrenatural, pero con claridad y sin ambigüedades, en la dirección espiritual, para completar o rectificar de este modo las ideas poco exactas que se puedan tener. A veces, problemas mal calificados de escrúpulos están motivados porque no se terminó de hablar a fondo de ellos, y se resuelven cuando se refieren con claridad los hechos objetivos en la dirección espiritual y en la Confesión.

El cristiano que de verdad quiere seguir a Cristo ha de unir la pureza de alma a la pureza del cuerpo: tener ordenados los afectos, de tal manera que Dios ocupe en todo momento el centro del alma. Por eso, la lucha por vivir esta virtud y por crecer en ella se ha de extender también al campo de los afectos, a la “guarda del corazón”, y a todas aquellas materias que indirectamente puedan facilitarla o dificultarla: mortificación de la vista, de la comodidad, de la imaginación, de los recuerdos.

Para luchar con eficacia en adquirir y perfeccionar esta virtud debemos, en primer lugar, *estar hondamente convencidos de su valor, de su absoluta necesidad, y de los incontables frutos que produce en la vida interior y en el apostolado*. Esta gracia es necesario pedírsela al Señor, porque no todos lo entienden¹⁹. Otra condición que fundamenta la eficacia de esta lucha es la *humildad*: tiene auténtica conciencia de su propia debilidad quien se aparta decididamente de las ocasiones peligrosas; quien reconoce con contrición y sinceridad sus descuidos concretos; quien pide la ayuda necesaria; quien reconoce con agradecimiento el valor de su cuerpo y de su alma.

Quizá, según épocas o circunstancias, una persona deberá luchar con más intensidad en un campo, y a veces en otro bien diverso: *la sensibilidad* que, sin mortificación, podría estar más viva por no haberse evitado causas voluntarias más o menos remotas; *lecturas* que, aunque no sean

¹⁶ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 25.

¹⁷ Cfr. J. L. SORIA, *Amar y vivir la castidad*, Palabra, Madrid 1976, p. 45.

¹⁸ Cfr. 1 Cor 6, 9-10.

¹⁹ Mt 19, 11.

claramente impuras, pueden dejar en el alma un clima de sensualidad; falta de cuidado en la *guarda de la vista*...

Otros campos relacionados con esta virtud de la santa pureza, y que es preciso cuidar y guardar, son: los *sentidos internos* (imaginación, memoria), que, aunque no se detuvieran directamente en pensamientos contra el noveno mandamiento, son con frecuencia ocasiones de tentaciones, y supone muy poca generosidad con el Señor no evitarlos; la *guarda del corazón*, que está hecho para amar, y al que debemos darle un amor limpio según la propia vocación, y en el que siempre debe estar Dios ocupando el primer lugar. No podemos ir con el corazón en la mano, como ofreciendo una mercancía²⁰. Relacionadas con la guarda del corazón están la vanidad, la tendencia a llamar la atención, a ser el centro; el afán desmedido de encontrar siempre respuestas afectivas por parte de los demás; las preferencias y predilecciones menos ordenadas...

– Medios para vencer.

III. Para seguir a Cristo con un corazón limpio y para ser apóstol en medio de las circunstancias que a cada uno le han tocado vivir es necesario ejercer una serie de virtudes humanas y otras sobrenaturales, apoyados en la gracia, que nunca nos faltará si ponemos lo que está de nuestra parte y la pedimos con humildad.

Entre las virtudes humanas que ayudan a vivir la santa pureza está la *laboriosidad*, el trabajo constante, intenso. Muchas veces los problemas de pureza son de ocio o de pereza. También son necesarias la *valentía* y la *fortaleza* para huir de la tentación, sin caer en la ingenuidad de pensar que aquello no hace daño, sin falsos pretextos de edad o de experiencia. La *sinceridad* plena, contando toda la verdad con claridad, estando prevenidos contra el *demonio mudo*²¹, que tiende a engañarnos, quitando entidad al pecado o a la tentación, o agrandándolo para hacernos caer en la tentación de la “vergüenza de hablar”. La sinceridad es completamente necesaria para vencer, pues sin ella el alma se queda sin una ayuda imprescindible.

Ningún medio sería suficiente si no acudiéramos al trato con el Señor en la *oración* y en la *Sagrada Eucaristía*. Allí encontramos siempre la ayuda necesaria, las fuerzas que hacen firme la propia flaqueza, el amor que llena el corazón, siempre insatisfecho con todo lo de este mundo porque fue creado para lo eterno. En el *sacramento de la Penitencia* purificamos nuestra conciencia, recibimos gracias específicas del sacramento para vencer en aquello, quizá pequeño, en lo que fuimos vencidos, y también la fortaleza que da siempre una verdadera dirección espiritual.

Si queremos entender el amor a Jesucristo, como lo entendieron los Apóstoles, los primeros cristianos y los santos de todos los tiempos, es necesario vivir esta virtud de la santa pureza; si no, nos pegamos a la tierra y no entendemos nada.

Acudimos a Santa María, *Mater Pulchrae Dilectionis*²², Madre del Amor Hermoso, porque Ella crea en el alma del cristiano la delicadeza y la ternura filial donde puede crecer esta virtud. Y nos concederá la recia virtud de la pureza si acudimos con amor y confianza.

Rev. D. Fernando PERALES i Madueño (Barcelona, España) (www.evangelii.net)

«Rabbí, “Maestro”, ¿dónde vives?»

²⁰ Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 146.

²¹ Cfr. *ibídem*, n. 236.

²² *Eccl* 24, 24.

Hoy vemos a Jesús que venía por la ribera del Jordán: ¡es Cristo que pasa! Debían ser las cuatro de la tarde cuando, viendo que dos chicos le seguían, se ha girado para preguntarles: «¿Qué buscáis?» (Jn 1,38). Y ellos, sorprendidos por la pregunta, han respondido: «‘Rabbí, que quiere decir “Maestro”, ¿dónde vives?». ‘Venid y lo veréis’» (Jn 1,39).

También yo sigo a Jesús, pero... ¿qué quiero?, ¿qué busco? Es Él quien me lo pregunta: «De verdad, ¿qué quieres?». ¡Oh!, si fuera suficientemente audaz para decirle: «Te busco a ti, Jesús», seguro que le habría encontrado, «porque todo el que busca encuentra» (Mt 7,8). Pero soy demasiado cobarde y le respondo con palabras que no me comprometen demasiado: «¿Dónde vives?». Jesús no se conforma con mi respuesta, sabe demasiado bien que no es un montón de palabras lo que necesito, sino un amigo, el Amigo: Él. Por esto me dice: «Ven y lo verás», «venid y lo veréis».

Juan y Andrés, los dos mozos pescadores, fueron con Él, «vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día» (Jn 1,39). Entusiasmado por el encuentro, Juan podrá escribir: «La gracia y la verdad se han hecho realidad por Jesucristo» (Jn 1,17b). ¿Y Andrés? Correrá a buscar a su hermano para hacerle saber: «Hemos encontrado al Mesías» (Jn 1,41). «Y le llevó donde Jesús. Jesús, fijando su mirada en él, le dijo: ‘Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas’, que quiere decir “Piedra”» (Jn 1,42).

¡Piedra!, ¿Simón, una piedra? Ninguno de ellos está preparado para comprender estas palabras. No saben que Jesús ha venido a levantar su Iglesia con piedras vivas. Él tiene ya escogidos los dos primeros sillares, Juan y Andrés, y ha dispuesto que Simón sea la roca en la que se apoye todo el edificio.

Y, antes de subir al Padre, nos dará respuesta a la pregunta: «Rabbí, ¿dónde vives?». Bendiciendo a su Iglesia dirá: «Yo estaré con vosotros cada día hasta el fin del mundo» (Mt 28,20).

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

El que tiene a Dios nada le falta

«El Señor es mi pastor, nada me faltará» (Sal 23, 1).

Esa es la revelación del amor de Dios hecho hombre.

Porque el que tiene a Dios nada le falta, solo Dios basta.

Esa es la revelación del Hijo del hombre, que es Dios, y que ha venido a darse al hombre para su salvación.

El que tiene a Dios nada le falta, porque Dios llena y desborda el alma de gracia, de misericordia, de amor, de don. Y suple la miseria de los hombres con su misericordia, por lo que le consigue la salvación.

El que está salvado nada le falta, porque lo único que salva es Dios.

Sacerdote: y a ti ¿qué te falta?

¿Eres tú medio de salvación para los hombres?

¿Eres tú, sacerdote, misericordia, gracia, don para los hombres?

A un pueblo con sacerdotes nada le falta, porque el sacerdote es el que lleva a los hombres a Dios.

Es a través de los sacerdotes que los hombres alcancen la salvación, el amor, la misericordia, la gracia y el don de Dios, para que nada les falte.

Tú eres pastor, sacerdote. Lléname de Dios para que tampoco a ti nada te falte.

El amor de Dios que es irrevocable se entrega a ti, sacerdote, para que, a través de ti, llene y transforme a los hombres. Transfórmate tú primero, para que seas ejemplo, para que te sigan, para que, siguiéndote a ti, sigan a Cristo y sean reunidos en un solo pueblo, y con un solo pastor. Para que nada les falte.

Tú eres el amor de Dios derramado a los hombres, para llegar a todos los rincones del mundo.

Ámense los sacerdotes, los unos a los otros, como Jesús los amó, con el amor de Dios, para que también se salven, porque el que tiene amor nada le falta, porque el que tiene a Dios tiene amor, porque Dios es amor.

Y ¿de qué te sirve, sacerdote, salvar al mundo entero, si no te salvas tú mismo?

¿De qué te sirve, sacerdote, interceder, y ser mediador entre Dios y los hombres, si no te reconoces Salvador, Cristo, Pastor?

Reconócete tú primero, y acepta, sacerdote, el amor de Dios.

Y sigue a Cristo, configurado con Cristo, para que los hombres que te siguen alcancen, por ti, la salvación.

Entrégate, sacerdote, entrega tu vida a Dios, para que seas transformado en el amor, para que nada te falte, para que conozcas el amor. Porque en esto conocemos el amor: en que Cristo dio su vida por nosotros, en que Cristo nos amó primero.

El que ama a su hermano no le falta nada, porque el que ama a su hermano está lleno de Dios.

El que está lleno de Dios ha seguido al Pastor y nada le falta.

El que sigue a Jesús verdaderamente ama.

El que ama verdaderamente tiene a Dios en él.

El que tiene a Dios, en él permanece el amor de Dios, y Dios permanece en él.

El que tiene a Dios, no le falta nada.

Sacerdote, tú representas el amor.

Tú eres responsable de que no te falte nada, y tú eres responsable de que no le falte nada a tu rebaño. Concientiza, sacerdote, la gracia, el amor y el don que Dios te ha dado, por el que nada te hace falta.

(Espada de Dos Filos III, n. 8)

**(Para pedir una suscripción gratuita por email del envío diario de “Espada de Dos Filos”, -
facebook.com/espada.de.dos.filos12- enviar nombre y dirección a:
espada.de.dos.filos12@gmail.com)**